

COMPRENDE
LA PSICOLOGÍA



J A C Q U E S
LACAN

El psicoanálisis del lenguaje
y del imaginario

SALVAT

DIGITALIZADO POR

QS Colecciones

Título original: *Capire la psicologia*

© 2016, Hachette Fascicoli s.r.l., edición original

© 2017, Editorial Salvat, S.L., presente edición

Editorial Salvat, S.L.

C/Amigó, 11, 5ª planta

08021 Barcelona, España

© Giancarlo Botti/Gamma-Rapho vía Getty Images por las fotos de las páginas 14, 19 y 31

© Maurice Rougemont/Gamma-Rapho vía Getty Images por la foto de la página 26

© al_1033/Shutterstock por la imagen de la página 116

Las fotos de las páginas 38, 47 y 54 son de dominio público

Textos: Anna Giardini, Ilaria Baiardini, Barbara Cacciola, Marina Maffoni,

Laura Ranzini, Francesca Sicuro

Revisión original: Marco Barbieri

Diseño: Studio Dispari

Traducción: Ester Vidal Cayró

Realización editorial: Ormobook, Servicios Editoriales

ISBN Colección: 978-84-471-3172-3

ISBN Tomo: 978-84-471-3173-0

Depósito legal: B 25048-2016

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

La norma del editor es utilizar papeles fabricados con fibras naturales, renovables y reciclables a partir de maderas procedentes de bosques que se acogen a un sistema de explotación sostenible.

El editor espera de sus proveedores de papel que gestionen correctamente sus demandas con el certificado medioambiental reconocido.

ÍNDICE

Introducción	5
--------------	---

LA VIDA Y LA ÉPOCA

Cronología	10
La vida	13
El contexto: la Francia de Lacan	35

EL PENSAMIENTO

El caso Aimée	63
A través del espejo	77
Inconsciente y lenguaje	91
Edipo y padres	103

Cintas y elipses	115
La práctica	121
Lecturas recomendadas	131
Bibliografía	135
Comité científico internacional	139

INTRODUCCIÓN

¿LACAN ES UN AUTOR ACCESIBLE TAMBIÉN PARA LOS «PROFANOS»?

La pregunta no es casual. El lector que se acerca a su pensamiento sin saber qué esperar es posible que se rinda al cabo de pocas páginas, renunciando así al desafío que se encuentra en sus textos. Deshacerse rápidamente de Lacan basándose solo en su estilo hermético sería simplificar demasiado y, por lo tanto, un grave error. Los textos lacanianos se caracterizan por una lectura complicada, ambigua y bastante confusa. Cuando crees que empiezas a comprender su discurso, en la siguiente página te sorprende y te desconcierta de nuevo.

Aún así, el lector que consiga llegar hasta el final, tendrá una recompensa muy especial: una conversación con una de las mentes más brillantes del siglo xx, uno de los protagonistas del psicoanálisis, después de su fundador, Freud. Un protagonista en su función de médico, de psiquiatra, de psicoanalista

y de gran conocedor de la filosofía, la lingüística, la antropología y la literatura. Quién no se desanime al acercarse a su pensamiento, obtendrá a cambio estímulos y respuestas. Michel Foucault, en un artículo publicado en el *Corriere della Sera* en 1981, afirmaba que este hermetismo lacaniano era la clave para acceder a su pensamiento. El esfuerzo intelectual necesario para comprender estos textos sería, en realidad, un esfuerzo hecho en beneficio del propio lector.

Esto sucede porque Lacan no es un intelectual encerrado en sus libros y ajeno a la percepción real del mundo que lo rodea. Lacan fue, durante toda su carrera, un clínico. El contacto directo con los pacientes, el trabajo en los pacientes, es decir, en los hombres y no en «el papel», es lo que define indeleblemente toda su formulación teórica. El discurso que construye no es un discurso pensado para encender los ánimos, para seducir o para complacer a quien lo escucha. Y tampoco lo quiere curar, aunque esto pueda parecer paradójico. La base de la terapia psicoanalítica lacaniana no es simplemente técnica y práctica. Lacan quiere devolver al hombre a su dimensión más auténtica, aunque, a primera vista, parezca trágica y alienante. El discurso de Lacan quiere devolver al hombre su verdad.

Se trata de un pensamiento complejo, enrevesado, no lineal, que escapa, que se esconde. En una palabra, es un pensamiento vivo. Su lectura no se acaba nunca, es un ente que responde siempre a las preguntas, sean explícitas o implícitas, que le hacemos cuando lo tenemos a mano. Lacan es un clásico, como lo define Massimo Recalcati (citando a Italo Calvino), y su capacidad tanto de hacernos preguntas como de acompañar nuestras respuestas viene dada también por su visión, oculta tras una sonrisa amarga, de la vida: una visión crítica que se

pregunta por la dimensión más auténtica del individuo y de la sociedad que lo rodea.

No queremos llegar a un compendio «perfecto» del pensamiento lacaniano. Sería una pretensión arrogante e insensata. Lo que podemos hacer es presentar a quien se enfrenta a la enseñanza lacaniana la extraordinaria vivacidad de un protagonista de nuestra cultura, invitarlo a aceptar el desafío y disfrutar de la grandeza de estos textos, dejando que sean los mismos textos que respondan a nuestras preguntas más íntimas.

«Si creéis que lo habéis entendido, seguramente os equivocáis» afirmaba el mismo Lacan en su primer seminario. El enfoque de su pensamiento, contrariamente a la práctica psicoanalítica después de Freud, es el de la subversión, el rechazo, la negación. Es negarse a aceptar interpretaciones unívocas y cristalizadas en una verdad preconcebida e intangible. El psicoanálisis no es la pretensión de «curar» al hombre devolviéndolo al camino del que se ha desviado. El psicoanálisis es el ejercicio constante de la palabra, del diálogo, del enfrentamiento. Un enfrentamiento que las escuelas «oficiales» parecen negar a la enseñanza de Lacan en el transcurso de su vida. Si revisamos su parábola existencial, nos daremos cuenta de que está llena de rupturas y rechazos.

Acusado de ser un hereje, un heterodoxo respecto a la «oficialidad» de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA), con sus reglas y sus estándares, Lacan no duda en fundar una escuela propia y, cuando esta también se rompe por el peso de los contrastes y los enfrentamientos —que pueden llegar a la violencia—, decide formar una segunda escuela, basándose en un auténtico «retorno a Freud», el pensamiento del cual ha sido tergiversado por alumnos y seguidores.

Amigo de Sartre, Picasso, Dalí y Camus; con aprecio (no correspondido) a Heidegger; gran conocedor de Hegel y Spinoza; coleccionista de arte; excéntrico y anticonformista (se habla de pacientes recibidos en bata); maestro mitificado y venerado en exceso (él mismo lamentaba como en la década de 1970 había una verdadera moda por sus escritos, aunque muchos ni los habían leído); hereje caótico y excéntrico. Lacan es todo esto y también el contrario de todo esto. Pero, ante todo, Lacan es un intelectual, la enseñanza del cual nos puede acompañar en un auténtico ejercicio de descubrimiento de nosotros mismos, encuentro aparentemente terrible pero sin duda auténtico.

**LA VIDA
Y LA ÉPOCA**

CRONOLOGÍA

HISTORIA		JACQUES LACAN	
Freud publica <i>La interpretación de los sueños.</i>	1900		
	1901	Jacques Lacan nace en París, el 13 de abril.	
Francia aprueba la nueva legislación sobre la separación entre Estado e Iglesia.	1905		
Estalla la Primera Guerra Mundial.	1914		
Revolución comunista en Rusia.	1917		
Fin de la Primera Guerra Mundial.	1918		
Mussolini llega al poder en Italia.	1922		
	1927	Empieza su propia práctica clínica en el instituto Sainte-Anne.	
Crisis económica.	1929		
	1931	Empieza a trabajar en el «caso Aimée».	
	1932	<i>De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad.</i>	
Hitler llega al poder en Alemania.	1934	Gana el concurso para médico jefe e inicia su propio análisis con Loewenstein.	
	1936	En el XIV Congreso de la IPA, presenta su informe <i>Estadio del espejo.</i>	
	1938	Llega a ser miembro de la Sociedad Psicoanalítica de París (SPP).	

Estalla la Segunda Guerra Mundial, Francia se une contra la Alemania nazi.	1939	
Los alemanes llegan a París, Francia está dividida entre la zona ocupada y el Estado fantoche de la República di Vichy.	1940	Durante la ocupación nazi se mantiene escondido y lejos de la política.
Fin de la Segunda Guerra Mundial.	1945	<i>La psiquiatría inglesa y la guerra.</i>
	1952	En polémica con la IPA por la utilización de la «sesión breve», abandona la SPP y crea la Sociedad Francesa de Psiconálisis (SFP).
	1953	Empiezan los seminarios en el Sainte-Anne cada miércoles por la tarde.
Francia pierde sus colonias en Indochina y empieza la guerra de Argelia.	1954	Los diez primeros seminarios se ocupan de los fundamentos de la técnica psicoanalítica y de la ética de la disciplina.
	1955	Conoce a Martin Heidegger.
Firma de los Tratados de Roma y nacimiento de la CEE (Comunidad Económica Europea).	1957	
«Force de frappe»: Francia obtiene la bomba atómica.	1958	
El general Charles de Gaulle llega a ser el 18º presidente de la República Francesa.	1959	
Construcción del Muro de Berlín.	1961	
Fin de la guerra de Argelia, el país norteafricano obtiene la independencia de Francia.	1962	
	1963	La IPA pretende que Lacan interrumpa la práctica analítica.

Empiezan las protestas juveniles, el «Mayo francés».	1964	Los seminarios son interrumpidos y trasladados a la nueva sede en la École Normale Supérieure.
	1966	Publicación de los <i>Escritos</i> .
	1968	Interés por la revolución juvenil y encuentro con el líder del movimiento estudiantil, Daniel Cohn-Bendit.
El hombre llega a la Luna.	1969	
	1973	Publicación de los seminarios, a cargo de Alain Miller.
	1975	Ciclo de conferencias en Estados Unidos.
La URSS invade Afganistán.	1979	
	1980	Disolución de la École freudienne de Paris (EFP), creada en 1963 después de las polémicas con la IPA.
	1981	Lacan muere el 9 de septiembre.

LA VIDA

COMERCIANTES DE VINAGRE

Jacques Marie Émile Lacan nació el 13 de abril de 1901 en París, hijo de Alfred Lacan y Émilie Philippine Marie Baudry. El padre, rollizo, con bigote y un ciudadano anónimo, es un comerciante de vinagre y artículos alimentarios, descendiente de una familia originaria de Orleans; la madre, profundamente religiosa y siempre vestida de negro, pertenece a una familia de emprendedores y comerciantes: la familia Lacan, residente en el número 95 de Boulevard Beaumarchais, en el centro de París. Es una familia típica de la alta burguesía parisina, conservadora y estrictamente católica.

Bautizado en la iglesia de Saint-Denys du Saint-Sacrement, será el primero de cuatro hijos: después de él, en poquísimos años, nacen Raymond, muerto prematuramente, Madeleine Marie y Marc Marie, todos a cargo de la gobernanta Pauline y del control sofocante de la madre, que siente una predilección

particular por su primogénito. Émilie y el viejo patriarca Émile Lacan, para quién Jacques siempre tendrá palabras durísimas, abruman a Alfred con sus dominantes personalidades, cargando el ambiente familiar.

El joven se inscribe en el prestigioso Collège Stanislas. Fundado casi un siglo antes por sacerdotes marianistas, es uno de los institutos católicos parisinos más prestigiosos, una verdadera «fortaleza» del pensamiento católico en una Francia marcada por las polémicas entre el Estado y la Iglesia, y orientada a la separación más clara posible entre las dos esferas. Con el poder civil empeñado en eliminar toda intromisión y todos los privilegios del poder religioso,

Jacques Lacan

la elección de esta escuela es, de hecho, una clara elección de bando realizada por la familia Lacan-Baudry. En el escudo de la escuela destaca el lema «Franceses sin miedo, cristianos sin vergüenza», y cristiana es la educación recibida por el joven Lacan, totalmente cerrada a la modernidad que sigue avanzando.

Solo la guerra parece, de algún modo, romper el tono monocorde de la vida cotidiana. La tragedia de la Primera



Guerra Mundial, que destruye Francia y el resto del mundo después del asesinato del archiduque austriaco Francisco Fernando, llega a afectar también a los Lacan. Mientras en Viena Freud ve partir a sus propios hijos al frente, en París Alfred Lacan es enrolado en los servicios logísticos del ejército y sus hijos ven el colegio transformado en un hospital militar. Jacques tiene su primer contacto con la medicina entre los pasillos llenos de heridos y mutilados. Es un estudiante prometedor y estudioso, pero —según sus profesores— a menudo se distrae, es vanidoso y arrogante, demasiado seguro de sí mismo y tendencialmente paternalista con el hermano menor, del que quiere controlar los estudios. Son los mismos años en los que, gracias a su profesor de filosofía, Jean Baruzi, conoce la figura de Baruch Spinoza: el filósofo hebreo-holandés tendrá siempre un papel fundamental en la formación y en el pensamiento de Lacan, como recuerda él mismo en varias ocasiones.

El fin de la guerra conlleva novedades y cambios. Son años en los que frecuenta a menudo cafeterías y librerías, años de nuevas amistades y descubrimientos como el dadaísmo, el surrealismo y las vanguardias. En la conocida librería parisina Shakespeare & Co., escucha a James Joyce presentar su nueva obra literaria, *Ulises*. Son encuentros que marcan profundamente al joven, que se dispone a rechazar los valores tradicionales y familiares en los que ha sido educado, con mucha preocupación de sus padres. La descubierta de Freud, la lectura de Nietzsche y las conferencias del político Charles Maurras, fundador del movimiento de extrema derecha Action française, agravan esta ruptura. Por el contrario, durante la misma época, su hermano Marc Marie decide hacerse monje benedictino, irritando profundamente a Jacques, que intenta, sin ningún éxito, disuadirlo.

LOS ESTUDIOS MÉDICOS

La inscripción en la Universidad de Medicina coincide con los años más vivaces del debate francés sobre el psicoanálisis. Frente a la resistencia generalizada hacia la nueva disciplina, que Freud había sintetizado perfectamente en su artículo de 1916 *Una dificultad del psicoanálisis*, la cultura francesa se muestra «nacionalmente» indiferente —más bien escéptica— hacia la que considera la enésima rareza de la cultura alemana.

En la ciudad de París, que había acogido al joven Freud para sus estudios con Charcot, el psicoanálisis se tiene que abrir camino por dos vías: la *médica* y la *intelectual*. La primera se desarrolla a partir de la fundación de la Sociedad psicoanalítica de París, fundada en 1926 por médicos y psiquiatras, con la colaboración de dos destacadas figuras femeninas: Marie Bonaparte, amiga, confidente y colaboradora del padre del psicoanálisis, y Eugénie Sokolnica, por aquel entonces alumna de Carl Gustav Jung. La vía intelectual se desarrolla alrededor de los surrealistas y la revista *Nouvelle Revue française*. No se trata del interés médico, más bien de la exaltación del inconsciente explorado, del deseo y de las pulsiones dejadas al descubierto por la valentía de Freud. El psicoanálisis es elogiado por su carácter profano y laico, contrapuesto al conformismo y a las mojigaterías burguesas.

Jacques Lacan sigue estudios que podríamos definir como clásicos. Se inscribe en medicina y empieza a estudiar neurología para pasar después a la psiquiatría. Realiza las prácticas en diversas instituciones parisinas: la enfermería psiquiátrica de la Préfecture de Police, el hospital Sainte-Anne y el hospital Henri-Rousselle. Una beca de estudios le permite pasar varios meses en la Universidad de Zúrich, donde Jung

había creado la psiquiatría dinámica. Si de las páginas de Freud surgen los problemas y las patologías de la gran y plácida sociedad de la Viena *fin de siècle*, Lacan y sus compañeros ven pasar ante sus ojos los trastornos característicos de las clases trabajadoras de principios de la década de 1930: enfermedad de Parkinson, síndrome del automatismo mental, psicosis alucinatoria, sífilis o histeria. El joven médico está en contacto con docentes con muy diversos enfoques e intereses, entre los que se mueve con maestría, sacando de cada uno de ellos elementos muy útiles que después reelabora y reunifica de modo personal y original.

En 1932, recoge la experiencia en los sanatorios parisinos (aún gestionados con métodos que podríamos definir como brutales y más orientados a la segregación que a la recuperación de los pacientes-detenidos, a pesar de los estudios y las novedades aportados por Freud) en su tesis doctoral titulada *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*. Se trata del único caso clínico que Lacan trata específicamente en sus obras. El punto de partida es un «suceso real». La célebre actriz parisina Huguette Duflos, escondida en el texto con la sigla «Mme Z», es agredida una tarde de abril delante del teatro en el que está a punto de actuar por una distinguida señora, aparentemente inofensiva, que la hiere con un cuchillo y le provoca graves heridas en una mano. «¿Por qué?», se pregunta el joven Lacan. «¿Qué ha impulsado a la joven Marguerite Pantaine (identificada con el pseudónimo Aimée) a cometer este acto? ¿Nos tenemos que limitar a relacionar este suceso con un estéril informe de causa/efecto debido a alteraciones, lesiones, procesos neurológicos y fisiológicos? ¿O intentamos interrogar al autor de este acto, reevaluando la dignidad del ser humano, aunque esté «perturbado»?

En la investigación hay lugar para reflexiones filosóficas, como Spinoza o la «fenomenología» de Husserl, y apuntes freudianos, aunque sean tratados con cierta prudencia académica, dada la difícil acogida que el padre del psicoanálisis sigue teniendo en Francia. Precisamente Spinoza es escogido por Lacan para empezar su obra: en la primera página encontramos una cita de la *Ethica*: «Cualquier afecto de cada individuo es diferente del afecto de otro, porque la esencia de uno difiere de la esencia del otro».

Son, nuevamente, los surrealistas quienes abrazan con tonos entusiastas esta nueva contribución al estudio de la psique humana. Dalí, el mismo que pocos años después se dirigirá a Londres para visitar al «exiliado» Freud en una especie de peregrinaje laico, reseña la tesis doctoral en la revista *Le minotaure* y Lacan le devuelve el favor con un artículo, en el mismo número, sobre las relaciones entre paranoia y producción artística.

LA ACTIVIDAD PSICOANALÍTICA

El año del doctorado es también al año en que Lacan inicia sus propios análisis. Una vez finalizada la recogida de material para la escritura de su tesis, deposita su confianza en el diván de Rudolph Loewenstein. Dos hombres y dos mundos profundamente diferentes, por carácter, formación, cultura, origen y clase social. Pero son dos hombres geniales que tienen en común el rechazo de la práctica religiosa, la aceptación de la «muerte de Dios» de Nietzsche y las lecciones freudianas. Sus encuentros, de 1932 a 1938, sirven a Lacan para seguir el recorrido indicado por la tradición freudiana según el cual es justo que el psicoanalista se someta a un análisis personal para tener

plena conciencia de sí mismo y de sus propios conflictos. Pero son seis años muy difíciles, marcados por el choque entre dos personalidades que no llegan a un punto de encuentro. El paciente Lacan afirma que el terapeuta, a pesar de la fama que lo rodea, no posee las habilidades necesarias para analizarlo correctamente; el terapeuta Loewenstein afirma que el paciente se niega a cualquier tipo de análisis. En 1934 se casa, en una conformista boda religiosa según el rito romano-católico, con Marie Lousie Blondin (con quien tendrá tres hijos: Caroline Marie, Thibaud y Sybille), después de una serie de turbulentas

Jacques Lacan



relaciones con otras mujeres, y realiza un viaje a Roma, donde queda fascinado y turbado por la arquitectura y las decoraciones barrocas.

Contemporáneamente, perfecciona y amplía sus investigaciones, enlazando psicología y filosofía: son años de numerosos encuentros intelectuales y de un gran interés por el idealismo alemán y las obras de Hegel, el pensamiento del cual siempre tendrá un peso significativo en la producción de Lacan y del que extraerá ideas para algunas de sus teorías más destacadas.

En 1934 gana, aunque sin impresionar para nada al comité que le asigna el undécimo lugar entre trece, el concurso para médico jefe de manicomios, si bien renuncia pocos meses más tarde, al ser admitido en la Sociedad Psicoanalítica de París (SPP). Aunque allí tampoco despierta mucho entusiasmo: la princesa Marie Bonaparte, amiga íntima de Freud y una de las principales responsables de su providencial fuga a Inglaterra, no parece especialmente impresionada por este joven médico demasiado seguro de sí mismo. El mismo Loewenstein se declara tan turbado por el carácter de Lacan como fascinado por su intelecto.

Las difíciles relaciones con el psicoanálisis «oficial» se confirman con su participación en el XIV Congreso psicoanalítico de Marienbad (Checoslovaquia), en 1936. El informe *Estadio del espejo*, una de las formulaciones fundamentales del pensamiento lacaniano, es interrumpido sin ninguna contemplación, a mitad de una frase, por el presidente Ernest Jones después de los diez minutos concedidos a cada informe. La acogida es calurosa, pero la humillación no es fácil de olvidar. Lacan abandona el congreso al día siguiente y se dirige a Berlín para asistir a los XI Juegos Olímpicos. El valioso texto de la conferencia, que el autor decidió no entregar para las actas del congreso, se puede

leer hoy en día porque se reutilizó en un artículo y en un ensayo, algunos años después, con el título *Los complejos familiares en la formación del individuo*.

En la esfera privada, el matrimonio con Marie Louise está en crisis desde hace tiempo y empeora aún más debido a la relación con Sylvia Maklès, esposa del filósofo Georges Bataille, que Lacan conoce en los seminarios sobre Hegel impartidos por el ruso Alexandre Kojève en la *École pratique des hautes études*. Se forja entre ellos una gran amistad, una sociedad intelectual que el «triángulo amoroso» no parece enfriar.

LA GUERRA

Septiembre de 1939 no significa solo la muerte de Freud, la noche del 23 al 24, en la casa londinense donde se ha escondido de la locura nazi. Es también, por desgracia, el mes en que empieza la Segunda Guerra Mundial. El conflicto afecta toda Europa y rompe la comunidad psicoanalítica internacional, dividida entre los que apelan a la «neutralidad» científica de la disciplina para intentar pasar desapercibidos y los que prefieren, en sus diversas formas, el compromiso activo contra el nazi-fascismo. Francia está destrozada. Hitler visita París el 14 de junio de 1940 al alba, por el miedo a atentados y manifestaciones hostiles, y las tropas alemanas desfilan victoriosas bajo el Arco de Triunfo. Lacan permanece «escondido» durante todo el periodo de la ocupación. La profunda convicción de pertenecer a una élite intelectual, un comportamiento básicamente apolítico (aunque acompañado por cierta fascinación —podríamos decir «científica»— por el ejercicio del poder) y la aversión al nazismo y al antisemitismo, no le impiden actuar de modo pragmático.

El hecho de ser médico le garantiza movilidad y contactos que puede aprovechar para poner a salvo a su compañera Sylvia de los riesgos que corre por su origen hebreo. De esta relación nace, en 1941, su hija Judith (que solo será reconocida por el padre biológico unos años más tarde) y esto provoca la ruptura definitiva y el divorcio de su mujer. Lacan se traslada a París, a un apartamento en la *rive gauche*, participa en la vida intelectual de la capital y conoce, antes del fin de la guerra, a Jean Paul Sartre, su compañera Simone de Beauvoir, Pablo Picasso y Albert Camus. Una tarde de marzo de 1944, en un pequeño apartamento en la riba del Sena, tiene lugar una reunión. La comitiva, desafiando las estrecheces de la guerra y el toque de queda impuesto por los ocupantes alemanes, prepara una representación casera de un breve texto teatral, escrito por Picasso en 1941: *El deseo atrapado por la cola*, una obra surrealista sobre la falta de comida durante la guerra. El encuentro entre las geniales y singulares personalidades de Picasso y Lacan da lugar a una amistad que durará varios años, durante los que Lacan será también médico personal del pintor y de y su compañera Dora Maar.

Aunque la vivacidad y la curiosidad cultural, intelectual, científica y profesional no han sido mitigadas por la furia insensata de la guerra, sí han quedado estancadas sus ganas de escribir. Lacan no ha publicado ni una sola línea durante los seis años que ha durado la Segunda Guerra Mundial. Ver de cerca el horror de la tiranía parece haberlo obligado a una reflexión, a un silencio considerado necesario para poder encarar adecuadamente un estudio sobre la fascinación del mal y, más en general, los mecanismos y las dinámicas de la psicología colectiva, que conduce al ensayo *La psiquiatría inglesa y la guerra* y en el proyecto, aún en estado embrionario, sobre el jerarca nazi

Rudolph Hess, procesado como criminal de guerra en Núremberg, condenado a cadena perpetua y declarado mentalmente inestable, paranoico e hipocondríaco. En el mismo periodo, se ocupa de estudiar los «tiempos» del inconsciente (*el tiempo lógico* y el *aserto de la certidumbre anticipada*). A partir de esto, surge un problema que se repetirá frecuentemente en la carrera de Lacan: el de la duración de las sesiones psicoanalíticas. Paralelamente, el fin del conflicto le permite volver a contactar con la comunidad internacional y participar en el XI Congreso de los psicoanalistas francófonos y en el XVI Congreso internacional de psicoanálisis.

RUPTURAS

En 1951, Lacan compra una casa en el campo, un «refugio» de la vida en la ciudad, en el pequeño y plácido pueblo de Mantes-la-Jolie, situado en la riba izquierda del Sena, en la región de l'Île-de-France. En su residencia campestre, llamada «La prebostería» (*La Prêvôté*), Lacan se dedica a la creación de una imponente biblioteca, impresionante por el número de volúmenes que contiene y por la variada y erudita selección de títulos, reflejo fiel de la personalidad ecléctica e intelectualmente versátil de su propietario y también testimonio de su pasión por los viajes (Marruecos, España, Portugal, Egipto, Gran Bretaña y otros muchos en el transcurso de los años). Junto a los libros, hay espacio para cuadros, obras de arte, artículos orientales y, sobre todo, un cuadro destinado a provocar el escándalo entre vecinos, visitantes y personal de servicio.

Se trata del *Origine du monde*, óleo sobre tela pintado en 1866 por el francés Gustave Courbet. Es la representación, en primer

plano y anatómicamente fiel, de una mujer desnuda (de la que solo se ven los muslos y el seno, dejando el resto del cuerpo «fuera» de la tela) lascivamente tendida en una cama y con las piernas abiertas. Comprado por Lacan en subasta por 1,5 millones de francos, el cuadro será ubicado en la villa campestre del psicoanalista, que encarga a su cuñado André Masson, pintor surrealista, la realización de un marco especial para la nueva adquisición de su colección. Un marco de madera que envuelve una tela que representa un extraño paisaje, parecido a un esbozo. Pero con un pequeño gesto, la tela se desliza hacia un lado, para desvelar el cuadro de Coubert, escondido a los ojos del observador de aquel paisaje que, si miran atentamente, no es otro que la representación estilizada, sublimada en los detalles del panorama, del cuerpo nudo femenino. Es un juego de verdades escondidas, ocultas, transformadas, un diálogo entre representaciones varias de la misma cosa que parece representar idealmente la estratificación y la complejidad del pensamiento lacaniano.

Si la casa campestre es el lugar de las colecciones y del arte, la casa parisina es el lugar del inicio de la actividad didáctica de Lacan. Entre 1952 y 1953, con un reducido grupo de amigos, analiza y comenta dos conocidos casos clínicos de Freud «El hombre de las ratas» y «El hombre de los lobos». Se empieza a entrever la que será una enorme actividad, que seguirá en los decenios posteriores, y que será retroalimentada por nuevas y estimulantes amistades, humanas e intelectuales: le presentan al antropólogo y etnólogo Claude Lévi-Strauss y al filósofo Maurice Merleau-Ponty.

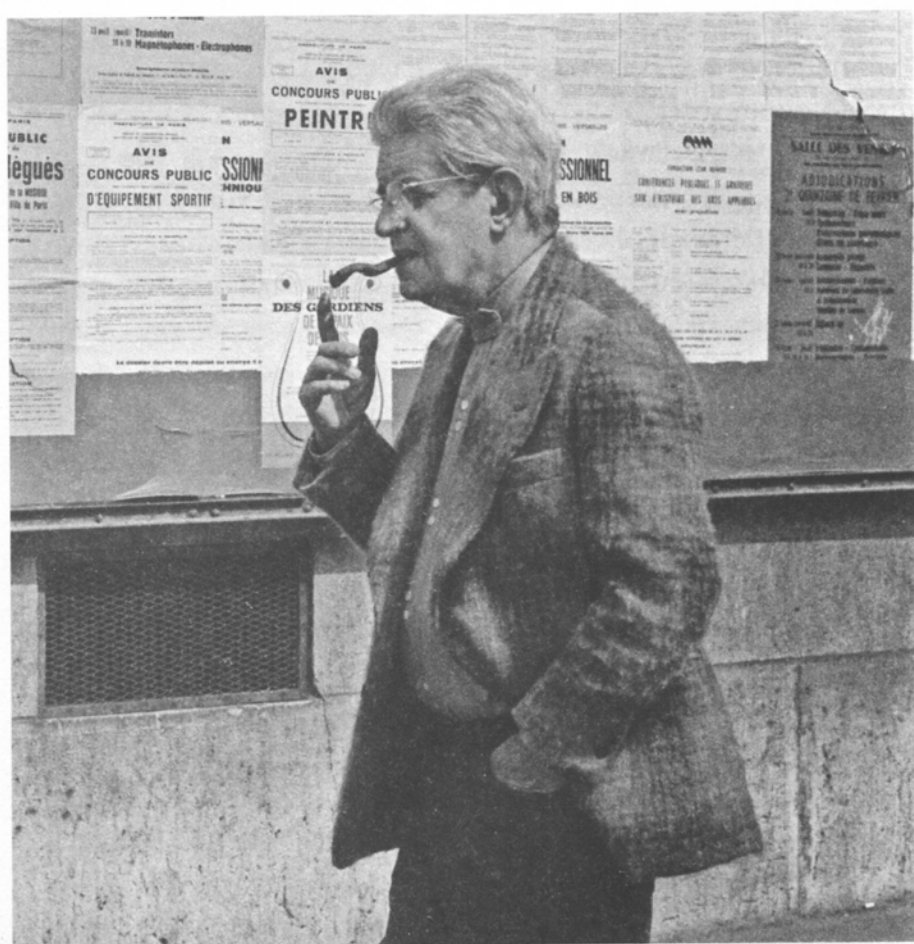
En el ámbito de su carrera, a los éxitos siguen rápidamente los enfrentamientos y los fracasos. En 1952 es elegido presidente de la SPP: parece un justo reconocimiento. Pero la presidencia

está destinada a durar pocos meses y a ser centro de polémicas. Enfrentamientos personales y enfrentamientos teóricos separan el grupo de los psicoanalistas franceses. Aparte de enemistades, envidias y desacuerdos, empieza la polémica de la duración de la sesión psicoanalítica. El sistema de reglas y normas impuesto por la IPA, continuando con las enseñanzas freudianas, preveía una duración estándar de la sesión de aproximadamente 50 minutos. Es el lapso de tiempo en el que el paciente se acomoda en el camastro del terapeuta (el icónico diván de Freud) y, dándole la espalda, se concentra en la sesión, un ritual que se repetirá en varias citas regulares y coordinadas.

Es la posición de Lacan en este punto la que crea desconfianzas y lleva primero al desacuerdo y después a la escisión: el 16 de junio de 1953, junto con sus colegas Juliette Favez-Boutonier, Françoise Dolto y Daniel Lagache, Lacan dimite de la SSP y crea su propia asociación, la Sociedad Francesa de Psicoanálisis (SFP), reclamando inmediatamente el reconocimiento oficial por parte de la comunidad psicoanalítica internacional. Pero la duración de la sesión sigue siendo el punto de desacuerdo principal. Aunque declara oficialmente aceptar la normativa de los 50 minutos prescritos, el «rebelde» continúa practicando sesiones de duración variable. Para justificar este comportamiento, tenemos motivos teóricos, prácticos y personales: la idea que la sesión pueda y deba ser interrumpida a voluntad del terapeuta, comprometido con la dialéctica del paciente, en palabras y momentos bien precisos, para crear en el paciente un sentimiento de ruptura y para subrayar la importancia de estos puntos de fractura no casuales; el deseo de las nuevas generaciones de psicoanalistas de conducir sus propios análisis con él, seducidos por el magnetismo de su personalidad, y que puede ser mayormente satisfecho

gracias a una duración variable de las sesiones, respeto a la reducida disponibilidad de tiempo de los colegas fieles al enfoque freudiano; y un gran concepto de sí mismo y de sus capacidades intelectuales, que considera sofocadas por la burocracia de personas demasiado atentas a las reglas para darse cuenta de su genialidad.

Jacques Lacan



La situación en la que se encuentra Lacan en estos meses parece sostenerse en una serie de tesis y antítesis. La búsqueda del reconocimiento de la IPA para la nueva asociación lo obliga a declarar públicamente que acepta la duración estándar de la sesión, mientras que, en su trabajo, continua con la duración variable. En el ámbito privado, esconde a los hijos de su primer matrimonio la boda con Sylvia y declara a su hermano Marc que se ha vuelto a acercar a la religión, mientras por otro lado mantiene contacto con los dirigentes del Partido Comunista francés. Por el contrario, las contradicciones de la vida privada lo empujan cada vez más hacia la elaboración y el perfeccionamiento de un sistema de pensamiento que tiene en el centro al individuo y su relación con la verdad. Se cristaliza el diálogo entre la tríada «real», «simbólico» e «imaginario», en el que la «palabra» (del paciente) tiene que volver a ser el fundamento del psicoanálisis tal como había afirmado Freud. Influenciado por intereses filosóficos y por la lectura del célebre lingüista Ferdinand de Saussure, el estudio lacaniano gira alrededor de la relación entre palabra y lenguaje. Cuando el paciente se presenta al terapeuta, mediante la palabra establece una relación que prevé un reconocimiento, una respuesta a esta palabra.

Quien se tumba en el diván quiere una respuesta a la pregunta «¿Quién soy? ¿Quién soy yo que no me reconozco en estos síntomas que noto?». Pero el lenguaje con el que se exponen los síntomas es algo vacío, aparentemente «erróneo», que es definido por Lacan como una mera chachara. Es en este momento que queda claro el deber del terapeuta: rellenar esta palabra vacía, encontrar la verdad que se ha perdido en el síntoma y que el paciente no es capaz de ver y devolvérsela, después de haberla hecho aflorar del inconsciente que Freud nos ha enseñado a explorar.

Esta reflexión Lacan la recoge y expone en *Función y campo de la palabra y del lenguaje en el psicoanálisis*. Es la conferencia que pronuncia en Roma el 26 de septiembre de 1953, en el Congreso de psicoanalistas de lenguas romance. La IPA se opone a la participación de los miembros de la SFP, pero el organizador del congreso decide invitar de todos modos a su fundador. Se presentan nuevas teorías, pero también hay polémicas con sus adversarios y detractores, particularmente contra la *Ego-Psychology*, la corriente «dominante» dentro de la IPA, derivada de las teorías de Anna Freud y basada en la atención casi exclusiva al yo, en vez de al ello y al inconsciente. Para Lacan, esta es la demostración más evidente de un error, de una desviación de la enseñanza original de Freud, a la que ya es hora de volver.

ENSEÑANZA

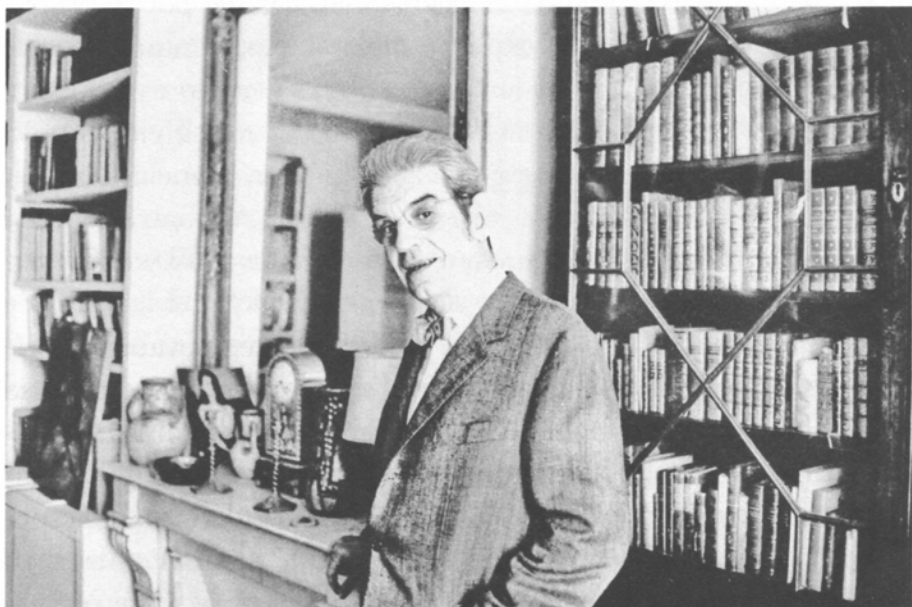
El año 1953 también es el del inicio de las lecciones semanales que Lacan da, cada miércoles por la tarde, en el hospital de Sainte-Anne. Se trata de reuniones abiertas al público, especialistas y no especialistas, que tendrán un éxito extraordinario en los próximos decenios y serán el punto fundamental de la actividad didáctica lacaniana y el vehículo principal de transmisión de su pensamiento. No por casualidad son en forma oral. Escucharlo hunde al oyente en una búsqueda continua en la que las conclusiones siempre parecen provisionales, listas para ser reconsideradas y profundizadas en el futuro. Sentado en la cátedra, cautiva a la audiencia y la fascina con un discurso que es reflejo de su personalidad compleja, erudita, imparable intelectualmente y muy consciente de su rol de «maestro» que en ningún modo disimula y que los alumnos no dejan de alabar.

Los primeros ciclos de seminarios, durante la década de 1950, tratan principalmente de Freud: *Los escritos técnicos de Freud*, *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, *Las estructuras psíquicas de Freud*, *la relación de objeto y las estructuras freudianas* y *Las formaciones del inconsciente*. Hemos vuelto a descubrir a Freud, que para Lacan es fundamental, irrenunciable e inaplazable. Unos años más tarde, se despedirá de sus alumnos diciéndoles que se sientan libres de definirse como «lacanianos», mientras él siempre se ha considerado simplemente «freudiano». La grandeza del padre del psicoanálisis ha sido la capacidad de romper definitivamente la plácida certeza del hombre en la locución cartesiana «Pienso, luego existo». Con la invención del inconsciente, Freud ha demostrado definitivamente que en el corazón del hombre no está el pensamiento racional, sino una zona oscura y volcánica en la que se desarrollan impulsos y deseos. Una parte de sombra que llega a hablar, expresarse, pedir deseos y poner obstáculos. Las nuevas escuelas de psicoanálisis no han hecho más que mermar y traicionar este descubrimiento, reduciendo el inconsciente a una parte sencilla de la personalidad humana en la que se almacenan contenidos psíquicos más o menos latentes, en contraste con el yo consciente (que se convierte en protagonista), en vez de reconocerle su papel de parte fundadora y fundamental. Reconocer el papel del inconsciente y entender su lenguaje no es solo una práctica clínica. Es un problema que llega a la naturaleza misma del ser humano y de su verdad.

Se entiende perfectamente que Lacan amplíe cada vez más su red de contactos intelectuales. Después de Claude Lévi-Strauss, Michel Foucault y Louis Althusser, que lo acompañan en sus investigaciones sobre estructuralismo y lenguaje, en 1955 Lacan conoce, finalmente, al filósofo alemán Martin

Heidegger. El encuentro se produce en Friburgo y el francés está entusiasmado. Pero frente a él tiene un hombre que aún está afectado por las secuelas del proceso sufrido por su propia adhesión al régimen nazi, y que permanece extremadamente perplejo frente a su interlocutor. Lacan se ofrece para traducir y publicar en la revista *La Psychanalyse* un escrito de Heidegger, lo cita a menudo en sus enseñanzas y lo invita a Francia. Pero no es capaz de ganarse su confianza y estima. Al contrario, será definido por Heidegger como escritor «barroco» y como «un psiquiatra que necesita un psiquiatra».

Los seminarios continúan (es especialmente relevante el VII, de 1959-1960, en el que se repasa el complejo de Edipo y se introduce el concepto de «placer» mediante la figura de la heroína trágica Antígona, sobre la que Lacan presenta una lectura innovadora), pero también continúan las polémicas. El esperado reconocimiento de la SFP por parte de la IPA llega en 1963, pero conlleva una amarga sorpresa. El precio de este reconocimiento, de hecho, es la exclusión de Lacan de la lista de terapeutas autorizados a conducir análisis didácticos. La notificación de cese de la actividad de formador es consecuencia de un conjunto de polémicas por la cuestión de la sesión breve, divergencias teóricas, conflictos institucionales y conflictos personales. Lacan responde creando otra escuela de psicoanálisis (acabando con la existencia de la SPF, dividida entre los partidarios lacanianos y los ortodoxos con las directivas de la IPA) y la llama *École freudienne de Paris* (EFP). Cuando empiezan a trabajar en la nueva escuela, Lacan, no dispuesto para nada a acabar con la polémica, llama (con un discurso que copia el de De Gaulle alentando a los franceses a no rendirse al agresor nazi, durante la Segunda Guerra Mundial) a sus alumnos a una auténtica resistencia, que se debe llevar a cabo en nombre de



Freud, contra la «traición» de las jerarquías oficiales. Entre 1962 y 1963 acaba y publica uno de sus textos más significativos pero también más herméticos y de difícil lectura (tan difícil que es tildado de ilegible y rechazado por el primer editor al que Lacan lo propone): *Kant con Sade*. En el texto, que recupera contenidos ya anticipados en el VII seminario, Lacan enlaza el pensamiento del filósofo de Königsberg con el del libertino francés, convirtiéndolos en dos caras del mismo folio. Por un lado, el imperativo de Sade de la satisfacción del placer, por otro, el imperativo de Kant de la obediencia a la ley moral. Dos imperativos que vinculan al sujeto y lo disuelven en un mísero destino: ser vencido por una ley que anula el deseo y que es imposible respetar siempre, o bien por un deseo que tergiversa la

ley con el placer, que lo consume y lo anihila. Según Lacan, esta contraposición está siempre unida en el sujeto, que obtiene su esencia del enlace entre el inconsciente con sus deseos y la ley, es decir, el lenguaje que explicita estos deseos.

NUEVAS DISCUSIONES

El éxito de los seminarios, entre la década de 1950 y 1960, aumenta la atención alrededor de Lacan. Aunque el hospital de Sainte-Anne le comunique, en 1964, que no podrá seguir con sus enseñanzas en sus instalaciones, su notoriedad y sus contactos, hechos durante todos estos años, le permiten encontrar en muy breve tiempo una nueva sede. Gracias a sus amigos Louis Althusser y Fernand Braudel, uno de los historiadores franceses más importantes del siglo xx, la cita periódica de Lacan encuentra una nueva y más prestigiosa ubicación en la *École Normale Supérieure*. Contemporáneamente, le ofrecen la dirección de una prestigiosa colección, llamada *Le champ freudien*, de la conocida editorial Seuil, en la que publica en 1966 sus *Escritos*. Son volúmenes destinados a especialistas (el gran público, según Lacan, solo los compraría para presumir de poseerlos, sin ni siquiera abrirlos) que sirven de recopilación, de «resumen» de todo lo elaborado hasta el momento y que, justamente debido a su naturaleza sintética, aún son más difíciles de afrontar. De todos modos, el éxito es tal que sorprende al mismo autor, enviado (en 1966) a pronunciar un ciclo de conferencias en Estados Unidos, en la prestigiosa Universidad John Hopkins de Baltimore.

Pero los problemas no se acaban. Por un lado, diferencias y escisiones entre sus alumnos llevan a la formación de nuevos grupos y escuelas; por el otro, el interés demostrado de Lacan

por las protestas juveniles de 1968 no pasa desapercibido. Entre mayo y junio, la revuelta espontánea, de gran alcance y muy variopinta en sus demandas y sus componentes, suscita la curiosidad del psicoanalista que, a pesar de estar a favor de posiciones políticas opuestas, pide y consigue un encuentro con uno de los mayores líderes de la revuelta, Daniel Cohn-Bendit. El eco de las polémicas (aumentadas con la creación de un departamento de psicoanálisis en la Universidad de París VIII – Vincennes), que parecen no abandonar su persona, hace que Lacan sea expulsado de la *École Normale* y traslade su enseñanza a la Facultad de Derecho, cerca del Panteón.

Nuevas lecciones y nuevas formulaciones, a principios de la década de 1970, forman parte de la edición integral de los *Seminarios*, editada por su yerno Jacques Alain Miller (marido de Judith), a partir de 1973. Se trata de una edición basada en la transcripción estenográfica «oficial», sin tener en cuenta eventuales observaciones de los asistentes ni un adecuado soporte crítico, dejando hasta hoy en día a los lectores en espera de una edición crítica. La fama siempre creciente, a pesar de los conflictos, le permite asumir, un año después, el control del Departamento de psicoanálisis en Vincennes y de emprender un nuevo y prestigioso ciclo de conferencias en Estados Unidos, en algunas de las universidades más importantes del país, como Yale o Columbia (1975).

En 1977, un hecho muy grave altera el equilibrio y el ánimo de Lacan, de sus alumnos y de sus colaboradores. El suicidio de una de las colaboradoras más prometedoras de la EFP, destrozada por los nuevos mecanismos de selección y valoración de los miembros, pone en marcha una serie de violentas polémicas que llevan a la escuela a una crisis tan grande, que Lacan se ve obligado a decretar su disolución en 1980. Después de ir

reduciendo gradualmente su actividad (no sin antes crear una última escuela, *l'École de la cause freudienne*), su último «viaje internacional» es a Caracas, en verano de 1981, para participar en una reunión con psicoanalistas de Latinoamérica. Su salud, comprometida ya por un accidente de automóvil en 1978 y por un leve ictus a finales de 1980, empeora definitivamente por un cáncer de colon que lo lleva a la muerte el 9 de septiembre de 1981. Como su «maestro» Freud, Lacan también es asistido en sus últimos momentos con una dosis considerable de morfina que le alivia el dolor y que le acompaña hasta el final mientras susurra: «Soy obstinado, desaparezco». Si bien la herencia económica de Lacan es duramente disputada por sus herederos, su herencia intelectual, es, aún hoy en día, incalculable.

EL CONTEXTO: LA FRANCIA DE LACAN

La experiencia intelectual y humana de Jacques Lacan se desarrolla paralelamente a la historia de Francia a lo largo del siglo xx. Recorreremos sintéticamente las principales etapas de este camino intelectual y humano, que enlaza los momentos más significativos de la edad contemporánea.

NACER DE LAS DIFICULTADES

En el inicio del nuevo siglo, Francia tiene que superar las secuelas, dolorosas, de los treinta años precedentes. Los cañones y el acero prusiano derrocaron las ansias imperiales de Napoleón Bonaparte en la batalla de Sedan el 1 de septiembre de 1870. Ocupada por las tropas de Guillermo I de Alemania y Prusia y rota por las tensiones internas que desembocan en la experiencia revolucionaria del Ayuntamiento de París, de cariz democrático y socialista, Francia asiste al

nacimiento de la III República (la primera fue durante la Revolución Francesa, la segunda surgió entre 1848 y 1851) con Alphonse Thiers en la presidencia. Después de un inicio dificultado por las tendencias opuestas republicanas y monárquicas que se disputan la escena política, la década de 1880 se caracteriza por ser un largo periodo de reformas de carácter revolucionario y laico: de las más simbólicas, como la adopción de *La Marseillaise* como himno nacional y la proclamación del 14 de julio (aniversario de la toma de La Bastilla y del inicio de la Revolución Francesa, en 1789) como fiesta nacional; a las más efectivas para garantizar una mayor libertad de los ciudadanos, una reforma escolar (con obligación y gratuidad de la enseñanza primaria) y el restablecimiento del divorcio.

La voluntad de la República de modernizar el Estado no es compartida: en la sociedad francesa persisten aún muchos grupos de resistencia, que minan desde la base la estabilidad del país y asumen de vez en cuando los tonos del nacionalismo militarista, del conservadorismo clerical y monárquico y del antisemitismo. Tensiones que resultan evidentes en ocasión del caso Dreyfus, que durará varios años. Alfred Dreyfus es un rico oficial del ejército de origen hebreo, condiciones que lo hacen propenso a celos, envidias y acusaciones. En 1894 es acusado de espionaje para Alemania, degradado, expulsado del ejército y condenado a la deportación y a trabajos forzados. El caso obtiene un amplio relieve mediático y polariza las tensiones internas en el país. Clericales, monárquicos y nacionalistas enfadados por un lado, proclamando la culpabilidad del «nuevo Judas»; republicanos y moderados por otro lado que lo declaran inocente, entre ellos el conocido escritor Émile Zola que lanza su famoso *J'accuse!* en las columnas del

periódico *L'Aurore*. Aunque esté clarísimo que se trata de un montaje, son necesarios varios años para que el oficial sea declarado inocente y reintegrado a su puesto, a pesar de todas las acusaciones (falsas).

Las tensiones creadas alrededor del caso Dreyfus afectan bien pronto la vida política del país. En las elecciones de 1899, el frente democrático se une en un «bloque de izquierdas» que gana las elecciones y empieza una nueva etapa de reformas y de modernización del país. El descontento de los conservadores llega a su cúspide con la ruptura de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede (1904) y con la ley de separación entre Estado e Iglesia (1905), que remarca el carácter laico de la República, permite a los ciudadanos la libertad religiosa total, sin reconocer ni subvencionar oficialmente ningún culto, y se dispone a expropiar el riquísimo patrimonio eclesiástico para subvencionar políticas sociales.

En política exterior, la Tercera República francesa está perennemente dividida entre la tutela de sus intereses coloniales y los intentos de oponerse a la amenazante presencia alemana. Los varios gobiernos se esfuerzan en relanzar la iniciativa colonial en Indochina, en el norte de África (llegando a enfrentamientos diplomáticos con Italia para el control de Túnez), en Madagascar y en África Occidental (arriesgándose a enfrentamientos con los ingleses para el control de la cuenca del Nilo). En el tablero europeo, París se mueve principalmente en función antialemana, firmando antes que nada un tratado de alianza con Rusia y, la *Entente Cordiale* (acuerdo cordial) con Gran Bretaña. Tratados que culminan en 1907 cuando se firma la *Triple Entente*, en contraposición al acuerdo firmado en 1882 entre Alemania, Austria e Italia (principalmente en función antifrancesa).

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Las tensiones internacionales acumuladas en los últimos decenios del siglo XIX explotan estrepitosamente con los dos tiros que el nacionalista serbio Gavrilo Princip dispara, el 14 de junio de 1914, contra el archiduque Francisco Fernando de Habsburgo-Este, heredero al trono austriaco, en una visita de estado a Sarajevo. El conflicto entre el Imperio austrohúngaro y Serbia pone en marcha la máquina de la diplomacia y los tratados, provocando, en un mes, el estallido del conflicto que opone la Triple Entente y la Triple Alianza. Lo que para los Estados Mayores tendría que haber sido un conflicto breve, resuelto en pocas semanas y equilibrando para siempre las tensiones que hacía decenios que duraban, se convierte en poco tiempo en una guerra brutal de desgaste en la que toman parte las mayores potencias mundiales (entre las cuales Estados Unidos y Japón) y que deja 16 millones de muertos y 20 millones de mutilados, heridos e inválidos.

Berlín, 1 de agosto de 1914. La gente aplaude la declaración de guerra a Rusia anunciada por el canciller.



Francia entra en guerra el 2 de agosto de 1914 después de la declaración de guerra de Alemania y el nuevo Gobierno, denominado «Unión Sacra», se moviliza para resistir a la avanzada alemana. En los planes de Berlín, la invasión y una rápida derrota de Francia (conseguida pasando por la neutral Bélgica), permitiría concentrar después

todas las fuerzas en el frente oriental, contra Rusia, y acabar rápidamente con el conflicto.

El frente occidental, una línea irregular de trincheras, campos minados y alambre de púas que se extiende del Mar del Norte hasta la frontera con Suiza, pronto se demuestra que es una trampa mortal. Los dos bandos pierden millones de hombres en las trincheras enfangadas, sin poder obtener, durante todo el conflicto, cambios significativos, pero obligando al enemigo a un gasto constante de recursos y medios. Las dos ofensivas del Marne, la batalla de Verdun y la de Somme, están entre las peores masacres de la Primera Guerra Mundial y son lugar de experimentación de las nuevas y brutales armas creadas por el progreso tecnológico, como la aviación, los tanques, las metralletas y los gases tóxicos.

Mientras generaciones enteras de franceses se consumen en el frente, en el interior del país la situación no es mejor. Las condiciones de vida, duramente marcadas por el esfuerzo para sostener la máquina bélica, cada vez son más difíciles. Entre 1916 y 1917, revueltas sociales y huelgas cada vez más extendidas se juntan con la carencia de materias primas y el racionamiento de los artículos de primera necesidad. Todo empeorado por la guerra submarina que Alemania conduce de modo indiscriminado para desgastar la economía de los adversarios. La agitación social se agrava cuando de Rusia llegan noticias de la Revolución de Octubre que ha llevado al poder a Lenin y a los bolcheviques y que pretenden sacar al país de la guerra. Los movimientos pacifistas son reprimidos duramente (ya en 1914, el día antes de la entrada en guerra, el célebre político francés Jean Jaurès, líder del frente pacifista, es asesinado por un fanático nacionalista favorable al conflicto) y el Gobierno insiste en combatir el derrotismo y mantener constante el esfuerzo bélico

en las últimas fases del conflicto, gracias también a los nuevos recursos que ha garantizado la entrada de Estados Unidos en el conflicto (6 de abril de 1917).

El conflicto, con la caída de los «Imperios centrales» acaba, finalmente, a fines de 1918, con la capitulación del imperio austrohúngaro y la rendición de Alemania a las duras condiciones impuestas por los estados aliados.

LE BOCHE PAYERA TOUT!

Las negociaciones de la conferencia de paz tienen lugar en el palacio de Versalles, a partir de enero de 1919. Los furibundos titulares con los que los periódicos saludan el principio de las negociaciones son sintomáticos del comportamiento que Francia pretende mantener: *Le boche payera tout!*, (¡El bárbaro lo pagará todo!). El primer ministro francés Clemenceau, apoyado por el presidente americano Wilson, el primer ministro británico Lloyd George y el primer ministro Orlando (Italia había abandonado la Triple Entente en 1915 para entrar en guerra al lado de Francia e Inglaterra), ponen sobre la mesa condiciones durísimas. París pretende el retorno de Alsacia-Lorena a Francia, la ocupación de las regiones alemanas de Renania y Sarre, el pago de 132 mil millones de marcos-oro como indemnización por la guerra, la disolución del ejército y de la marina militar y la cesión de las colonias. La neonata República Alemana, surgida de las cenizas del Segundo Reich después de la fuga del emperador Guillermo II, se ve obligada a aceptar este *Diktat* y a firmar estas condiciones brutales el 28 de junio de 1919.

A principios de la década de 1920, los gobiernos franceses están ocupados en supervisar la aplicación de los tratados de Versalles, oscilando entre posturas más «expectantes» y posturas

intransigentes (como la ocupación de la región minera del Ruhr en 1923). Solo la intervención de la diplomacia estadounidense, con la propuesta de un plan financiero que demore el pago de las indemnizaciones de guerra en plazos compatibles con la recuperación económica alemana (denominado Plan Dawes, el nombre del político americano que lo ideó), parece resolver temporalmente este punto muerto e impedir nuevas tensiones. Las dificultades internacionales se juntan con las dificultades internas y una inestabilidad política substancial. Después del «bloqueo de izquierdas» (1924-1926), una múltiple alianza centrista (Gobierno de Unidad Nacional), dirigida por el moderado Raymond Poincaré, tiene el deber de estabilizar la economía francesa, ocupada en una difícil recuperación. Reconversión de la economía de guerra a economía «de consumo», caos monetario, tensiones sociales y reintroducción de los veteranos en la sociedad civil hacen que sea un proceso difícil, pero el Gobierno de Poincaré parece capaz de garantizar una relativa estabilidad a los presupuestos del Estado y una nada despreciable recuperación económica, aunque sea a cuesta de clases populares mayormente afectadas por la presión fiscal.

LA DÉCADA DE 1930

Contrarios a las políticas adoptadas por Poincaré en materia religiosa y eclesiástica, los radicales abandonan la mayoría en 1928 y provocan una crisis política que inaugura una temporada de gobiernos muy frágiles (diecisiete gobiernos de diferente dirección política entre 1929 y 1936). Para empeorar la situación, aparecen (tarde respecto a otros países europeos) también en Francia los efectos de la gran crisis que está sufriendo la economía mundial. Después del famoso Jueves Negro (24 de octubre de 1929) con la

quiebra de la Bolsa de Nueva York, tiene lugar una recesión global que se extiende rápidamente, derribando trágicamente los ánimos causados por la parcial recuperación que se entreveía durante la década de 1920. Empezando por las economías más débiles, como la alemana, la quiebra provoca hundimientos financieros, fracasadas políticas de austeridad y degenera a menudo en una crisis que afecta toda la sociedad. Justamente en este contexto tan turbulento, de descontento y fragilidad, se cumplen las condiciones ideales para la erupción de formaciones políticas antidemocráticas, como Adolf Hitler y el Partido Nazi, que llegan a liderar Alemania a principios de la década de 1930.

Una economía poco proyectada «al exterior» como la francesa puede resistir más que otras a la crisis, sufriendola significativamente solo después de 1932 (pero permaneciendo sumida en la crisis mucho más tiempo que otros países). La inestabilidad política y económica marcan la mitad del decenio, provocando graves enfrentamientos sociales, como las manifestaciones organizadas por Action Française, movimiento antiparlamentario y antidemocrático cercano a los fascismos europeos, que provocan decenas de muertos en 1934. La exacerbación de la situación política genera un movimiento de orgullo por parte de las izquierdas que vuelven a encontrar una inesperada unidad con ocasión de las elecciones de 1935. El Frente Popular dirigido por Leon Blum, el primer hebreo en ocupar el cargo de primer ministro, intenta llevar a cabo una serie de reformas, a pesar de la acusación de querer transformar el país en una república soviética. Todos estos intentos fracasarán por culpa del continuo empeoramiento de la situación internacional. La llegada al poder del fascismo en Italia, a mitades de la década de 1920, y del nazismo en Alemania, en 1933, son los ejemplos más significativos de difusión omnipresente, en todo el continente europeo, de movimientos

de inspiración autoritaria, liberticida y antidemocrática. España tampoco es indemne al contagio: en 1936, un levantamiento del ejército por parte del general Francisco Franco (apoyado por Italia y Alemania) provoca el estallido de una guerra civil que durará hasta 1939 y la caída de la República elegida democráticamente.

LAS EXIGENCIAS NAZIS

Las vacilaciones francesas y la elección de alinearse con la decisión inglesa de no tomar parte en el conflicto español provocan el fin del experimento del Frente Popular. 1938 marca el éxito de la política exterior alemana. Después de haber derribado sistemáticamente los aparatos democráticos del país y reprimido cualquier oposición, Hitler procede a la transformación de Alemania en una pesadilla totalitaria, bajo la intimidante bandera de la esvástica, y empieza una política de expansión a costa de los países limítrofes, enmascarando todo el proceso con una falsa máscara de pacificación, hábilmente fomentada con la propaganda (por ejemplo, aprovechando las Olimpiadas de Berlín de 1936 como un aparador internacional para el régimen). Denunciando el tratado de Versalles como una «puñalada por la espalda» y empezando el rearme del país, el dictador nazi reivindica la necesidad de un «espacio vital» imaginario para el pueblo alemán. Las primeras víctimas de esta política son Austria (anexionada a Alemania sin muchas protestas por parte de la comunidad internacional) y Checoslovaquia. En la conferencia internacional convocada en Múnich en septiembre de 1938, los representantes de Francia e Inglaterra acaban por plegarse a cualquier exigencia del dictador nazi, esperando así evitar —con esta política remisiva— un posible conflicto.

L'appeasement (definido como «acomodación») de Múnich solo promueve las miras expansionistas alemanas, dando la ilusión de que, aunque evitan el enfrentamiento armado, las potencias europeas están preparadas para aceptar cualquier exigencia. El doloroso recuerdo de la hecatombe de la Primera Guerra Mundial parece aterrar y paralizar los líderes franceses. Si el país solo está marginalmente afectado por los brotes fascistas que infectan el continente, a pesar de estar en un clima de violentas protestas del sistema democrático y parlamentario, el contacto con la trágica realidad internacional que se perfila en el horizonte aparece tímido y tardío.

UN CUCHILLO EN LA MANTEQUILLA

El inesperado acercamiento, teóricamente impensable para los observadores internacionales, entre la Alemania nazi de Hitler y la Rusia comunista de Stalin mediante un acuerdo firmado por los respectivos ministros de exteriores en verano de 1939 (pacto Molotov-Ribbentrop) fuerza París a comprometerse con el apoyo a Polonia en caso de ataque, que sucede puntualmente. El 1 de septiembre a las 04:45 de la mañana, la artillería y la aviación alemanas abren fuego en la frontera polaca. Francia, respetando los acuerdos, declara la guerra a Alemania el 3 de septiembre. La movilización general tiene lugar con cierta resignación y los dolorosos recuerdos de 1914 se unen al tradicional nacionalismo antialemán. Después de las rápidas victorias alemanes en oriente, que someten Polonia en pocos días, Europa parece que aguante la respiración. Durante ocho meses (de septiembre de 1939 a mayo de 1940), Francia está formalmente en guerra, pero no se dispara ni un tiro. Encerrado dentro la imponente

línea de defensa (línea Maginot) construida en sus propias fronteras, entre 1928 y 1940, el país está a la espera. Los civiles sufren los primeros efectos del racionamiento y los toques de queda y el Gobierno de Paul Reynard, al lado de la Gran Bretaña, opta por rehusar cualquier hipótesis de compromiso con Alemania.

El 10 de mayo de 1940, se acaba la espera. Antes de la actuación del *Fall Gelb* («Plan Amarillo»), la Wehrmacht, el ejército alemán, pasa por Bélgica y las Ardenas y llega hasta las costas de la Mancha en Boulogne. En pocas semanas, la superioridad de la aviación y la división acorazada alemanas destruye el despliegue del ejército francés (apoyado por los británicos), ataca por detrás a las tropas desplegadas para defender la línea Maginot y separa los últimos desesperados frentes de resistencia. Más de setenta divisiones aliadas son derrotadas por la brutal eficiencia de la máquina bélica nazi con una contribución parcial, casi insignificante, de Italia, con la declaración de guerra de Mussolini el 10 de junio de 1940 a una Francia ya vencida. Al alba del 14 de junio, la infantería alemana desfila triunfante por las calles de París y el nuevo presidente del consejo, el viejo mariscal Philippe Pétain, decide firmar el armisticio con Alemania. El macabro humor de Hitler obliga a los representantes del Gobierno francés a firmar los acuerdos en el mismo vagón de tren en que, en invierno de 1918, los alemanes habían firmado la rendición ante los franceses.

UN PAÍS DIVIDIDO

Con los acuerdos firmados en Compiègne, se acaban las hostilidades entre Francia y Alemania. El país se divide en dos zonas: el norte, incluyendo París, y toda la costa atlántica son

ocupados militarmente por los alemanes; el sur pasa a ser un estado formalmente independiente, con capital en Vichy, y mantiene el control de las colonias. El mariscal Pétain sigue en la presidencia del nuevo «Estado francés», obtiene plenos poderes y forma un gobierno apoyado por los movimientos de extrema derecha y los grupos políticos más conservadores. El nuevo Estado se basa en una constitución, escrita pero nunca promulgada oficialmente, y un parlamento las sesiones del cual se declaran suspendidas «hasta nueva orden» (de hecho, nunca llega a ser convocado). En 1942, el liderazgo del Gobierno es confiado a Pierre Laval, que aplica una serie de políticas más complacientes con la Alemania nazi.

Este comportamiento complaciente tiene su ejemplo más trágico en la denominada *Rafle du Velodrome d'Hiver* («Redada del Velódromo de Invierno»). Por iniciativa espontánea de las autoridades francesas, la policía parisina arresta, entre el 16 y el 17 de julio de 1942, casi 14 mil hebreos. Encerrados en la instalación deportiva situada cerca de la Torre Eiffel, después son enviados al campo de concentración de Auschwitz, donde serán exterminados. El general Charles de Gaulle, emigrado a Londres antes de la rendición, forma el movimiento *France Libre* y proclama la continuación del conflicto al lado de los Aliados, mientras en Francia se constituyen movimientos de resistencia clandestina.

Después de los primeros éxitos del Eje, que ven el ejército alemán dominar incuestionablemente en los campos de batalla europeos y el ejército japonés (aliado a Alemania y entrando en guerra en 1941 después del ataque a Pearl Harbor) venciendo en el Pacífico, la suerte parece cambiar de dirección. A partir de 1942-1943, las fuerzas aliadas obtienen una serie de éxitos fundamentales. La victoria en el norte de África, el desembarco en Italia y la defensa de la avanzada alemana en Rusia

cambian la evolución del conflicto. El 6 de junio de 1944, con un extraordinario despliegue de hombres y medios, ingleses y americanos (con los franceses de De Gaulle) desembarca en Normandía e inicia la reconquista de Francia. El ejército nazi, en crisis, no puede contener la avanzada aliada y, el 25 de agosto, París es liberada. Laval es condenado a muerte y fusilado, mientras que Pétain muere en prisión en 1951.

UNA REPÚBLICA FRÁGIL Y UNA MUERTE PREMATURA

La Segunda Guerra Mundial acaba entre abril y agosto de 1945, con la caída del fascismo en Italia, el suicidio de Hitler en Alemania y la rendición de Japón después del lanzamiento

20 de agosto de 1944. El general De Gaulle habla a la gente desde el balcón del municipio de Cherbourg.



de dos bombas atómicas por parte de los americanos. En Francia, las consignas parecen ser unidad, renovación y reconstrucción según el ideal republicano. El general De Gaulle, que ha asumido la dirección provisional del país al volver del exilio, las repite en sus discursos y en los llamamientos al pueblo francés. El Gobierno

de Unidad Nacional, formado por representantes de los principales partidos y algunos miembros de la Resistencia, se ocupa de la reconstrucción y de la recuperación económica, con un plan de modernización y de nacionalizaciones moderadas en varios sectores. Pero el terreno más conflictivo es el carácter que tiene que asumir la nueva república. Por un lado, los comunistas, socialistas y moderados del Movimiento Republicano Popular, es decir, los tres partidos mayoritarios, y por otro, el propio De Gaulle: si las fuerzas políticas tradicionales parecen orientadas a un modelo parlamentario parecido al de la Tercera República, el gaullismo, esta nueva fuerza política congregada alrededor del general, pretende un modelo de tipo presidencial.

El conflicto ha empezado y dura diversos meses, llegando a una solución en 1946, con la victoria del modelo parlamentario. Pero el equilibrio es frágil y cambiará pronto. La alianza inicial entre socialistas y comunistas se rompe cuando la Guerra Fría cambia las cosas. Francia ha intentado, en las primeras fases, mantenerse en equilibrio entre Estados Unidos y la Unión Soviética, cosa que ha conseguido hasta el inicio del Plan Marshall. El proyecto americano de recuperación económica europea mediante una importante concesión de capital implica también a París, que de este modo toma partido por el bloque occidental, pero es rechazada por la Unión Soviética y varios partidos comunistas europeos, entre ellos el francés. La crisis de gobierno que deriva de esta decisión da lugar a una nueva mayoría de centro izquierda, compuesta por socialistas y moderados, que deja fuera los comunistas y los gaullistas (que mientras tanto se han unido en el Reagrupamiento del Pueblo Francés).

A pesar de estar animada por una vivacidad política para nada despreciable y por una economía en plena recuperación

(aunque constantemente amenazada por la inflación), la Cuarta República parece no aguantar el peso de las numerosas crisis internacionales que se suceden en la década de 1950, continuando con los problemas generados por la desmovilización de un imperio colonial cada vez menos sostenible. Al final de la Segunda Guerra Mundial, el teatro asiático es lacerado por los empujes independentistas. En la Indochina francesa, compuesta por Vietnam, Laos y Camboya, el movimiento marchista del Viet Minh pone en marcha una guerra de guerrillas que se prolongará de 1946 a 1954. A pesar de los esfuerzos realizados por París para mantener firme la posesión de los territorios de la Unión francesa (la denominación escogida por la Cuarta República para sus colonias), que se juntan con los conflictos ideológicos entre el bloque occidental y el bloque soviético de la Guerra Fría, la durísima derrota de Dien-Bien-Phu y los tratados de Ginebra de 1954 establecen el retiro completo de los franceses de la región.

En el norte de África, las cosas no parecen ir mejor. El impulso global y generalizado a la descolonización no salva los protectorados franceses de Túnez y Marruecos, que obtienen la independencia en 1956. En Egipto, la política nacionalista del general Gamal Abdel Nasser reivindica para el país, libre de cualquier influencia de las potencias coloniales, un papel clave entre los países árabes, también en función antiisraelí. En un entramado de intereses económicos y políticos, el Gobierno de Nasser opta por la nacionalización del Canal de Suez (construido en 1869). Gran Bretaña y Francia, para proteger sus intereses comerciales en la zona, se alían con Israel y proceden a la ocupación militar del Canal (octubre de 1956). El fracaso político de este «reflujo» colonial (a pesar de su

éxito des del punto de vista militar) parece inevitable cuando Estados Unidos y la Unión Soviética se alían contra Egipto y obligan a los europeos a abandonar la zona.

La situación en Argelia es aún más trágica. Con más de un millón de colonos franceses arraigados en la zona y una opinión pública fuertemente dividida sobre el desmantelamiento de la Unión francesa, la política gala no tiene intención de llegar a ningún compromiso acerca del destino de una colonia que considera de un especial valor y a la que no quiere renunciar. Pero los movimientos independentistas de la región ponen en marcha una verdadera guerrilla que obliga al Gobierno a abandonar cualquier intento de mediación e integración, para adoptar la vía militar. Entre 1954 y 1957, las tropas francesas están ocupadas en durísimos combates contra el Frente de Liberación Nacional, que culminan con la Guerra de Argelia: nueve meses de guerrilla urbana han sido necesarios para parar la insurrección con una brutal represión. Ante la hipótesis gubernamental de llegar a una solución diplomática del conflicto, el extremismo de los colonos europeos responde con la creación de un Comité de Salud Pública (mayo de 1958) y la amenaza de un golpe militar. Situación que abre el camino para el retorno de De Gaulle al Gobierno y el fin de la breve Cuarta República.

El general, que había mantenido una posición como mínimo ambigua sobre el destino de la colonia, opta por una estrategia realista que valore con atención los equilibrios de poder en el campo antes de proceder. En un delicado juego político, no sin resurgimientos violentos, los cuatro años sucesivos representan el camino de Argelia hacia la independencia, obtenida oficialmente en julio de 1962, después de los acuerdos de Evian.

246 TIPOS DE QUESO

El retorno al poder del general De Gaulle coincide con su demanda de una radical revisión del sistema político francés, mediante una nueva constitución de orientación semipresidencial. El nuevo sistema político, aprobado por referéndum en septiembre de 1958, prevé la elección del jefe del Estado (al principio por parte del Parlamento y solo desde 1962 por elección directa de los ciudadanos con doble vuelta electoral) que tiene el poder de nombrar al jefe del Gobierno y de disolver las cámaras si es necesario. El primer presidente elegido es el mismo general, con una mayoría aplastante respecto al candidato del Partido Comunista. En una frase recogida por el semanario *Newsweek* en octubre de 1962, De Gaulle se pregunta cómo puede ser posible «gobernar un país que tiene 246 tipos de queso». Si bien el número total de productos lácticos en Francia sigue siendo discutido, es cierto que las estrategias del primer presidente de la Quinta República también son muy complejas, pero todas están claramente enfocadas a dar al país un papel clave en el escenario mundial.

Continuando con la estela dejada por las instituciones precedentes, la recuperación de la economía francesa garantiza buenos resultados en la década de 1960. Al mismo tiempo que la gestión del proceso de independencia de Argelia (cosa que lo expone a numerosos intentos de homicidio por parte de grupos paramilitares de extrema derecha, contrarios a la independencia de la colonia), De Gaulle procede a una revisión de todo el sistema de colonias que son acogidas temporalmente en el paraguas de una «Comunidad francesa» para después obtener definitivamente (y pacíficamente) la independencia en 1960, aunque a menudo se mantienen en la esfera de influencia francesa.

En el escenario de la Guerra Fría, el objetivo es forjarse una posición que sea independiente de Estados Unidos (De Gaulle rechaza su injerencia en el continente europeo) y de la Rusia soviética (no escondiendo nunca una profunda aversión por la ideología comunista). Con esta perspectiva es fundamental la decisión de dotar a Francia con un amplio arsenal nuclear con finalidad disuasiva, denominado *Force du frappe*, para evitar cualquier potencial ataque en territorio francés. Un punto de vista que repercute también en la posición que asume el país en la OTAN. Creada en 1949 como instrumento de defensa colectiva y recíproca, la Alianza atlántica es considerada por París un títere controlado por Estados Unidos e Inglaterra. Las demandas de revisión de la alianza, para poder obtener un mayor poder decisivo, caen en vacío y, en 1966, De Gaulle ordena hacer salir a Francia de la OTAN y retirar sus tropas.

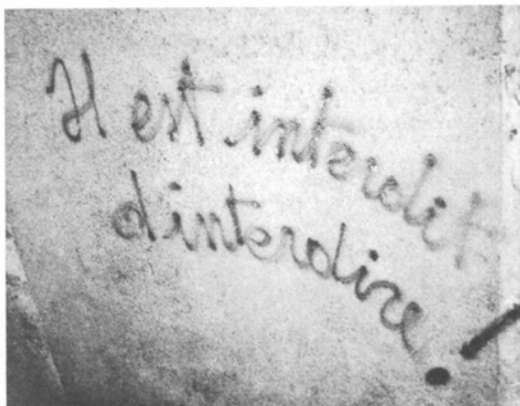
La diplomacia gaullista y su política de *grandeur* influyen también en la emergente Comunidad Europea. Las instituciones europeas, como la CECA (Comunidad Europea del Carbón y del Acero, 1951), son poco consideradas por De Gaulle, que aún así tiene que seguir el camino emprendido por sus antecesores. Su idea de Europa está orientada a una política de aduanas y agrícola común (con resultados positivos para la recuperación de la economía interna), pero radicalmente opuesta a cualquier forma de cesión de soberanía nacional, y menos aún con forma de federación de estados. La actitud autoritaria gaullista se traduce en la convocatoria de cumbres periódicas entre los varios jefes de estado europeos (lo que hoy en día se denomina Consejo Europeo) y en el rechazo a aceptar la candidatura de Gran Bretaña como miembro de la CEE, considerándolo solo una cobertura de la injerencia americana. Este comportamiento provoca crisis internacionales como la de la «silla

vacía»: en 1965, frente a la propuesta de un fortalecimiento del Parlamento europeo y una revisión del presupuesto comunitario, París opta por desertar de todas las tareas comunitarias. La crisis se resuelve solo algunos meses más tarde, gracias a un compromiso que concilia las varias propuestas que hay en la mesa y a un parcial debilitamiento de la posición de De Gaulle, después de un grave fracaso electoral.

MAYO

Las elecciones presidenciales de 1956, que De Gaulle gana con muchas dificultades, restituyen la imagen de un electorado profundamente agitado y, en parte, desilusionado. Pesan, y mucho, los gastos necesarios para el mantenimiento de la línea política gaullista y empieza a circular la duda sobre la efectiva capacidad del país de llevar a cabo tales delirios de grandeza. Mayo de 1968 irrumpe en la escena y despierta un país «aburrido» (como de define un célebre editorial de *Le Monde* en marzo del mismo año). Huelgas y protestas asumen dimensiones cada vez mayores, con un deterioro generalizado de la economía, mientras el apoyo a De Gaulle está en brusca caída. La impresión es la de una sociedad burguesa y paternalista que no es capaz de aceptar los profundos cambios que suceden. Todos estos elementos contribuyen a complicar aún más la situación política y cultural: la protesta juvenil, las culturas alternativas, los cambios renovadores del Concilio Vaticano II, la crisis del modelo soviético y la fascinación por los movimientos tercermundistas, los movimientos de emancipación femenina, las manifestaciones pacifistas contra la guerra de Vietnam y las revueltas de los negros en América.

Il est interdit d'interdire! (¡Prohibido prohibir!), una de las consignas más célebres del Mayo francés



La chispa que lo hace explotar todo es una propuesta de reforma universitaria. Huelgas y manifestaciones estudiantiles se difunden por todo el país con consignas como «¡Prohibido prohibir!» y «¡La imaginación al poder!» y la universidad parisina de La Sorbona se convierte en el epicentro de la protesta. Las autoridades no

parecen capaces de gestionar la situación: la policía intenta sedar el movimiento, pero solo consigue provocar la solidaridad de los estudiantes; los ministros se dividen entre los que estarían dispuestos a escuchar las razones de la protesta y los que pretenden la línea dura; el presidente de la República define los movimientos como infantiles y no tiene intención de conceder nada. Una verdadera guerrilla urbana sacude París después de la condena inmediata de los primeros estudiantes arrestados: las barricadas en las calles recuerdan a los parisinos el mito de las grandes insurrecciones del siglo XIX y la opinión pública apoya las razones de los estudiantes. El primer ministro Pompidou intenta encontrar un compromiso, pero es demasiado tarde y trabajadores y sindicatos se unen a la protesta juvenil.

Huelga general: el 13 de mayo, gran parte del país, trabajadores industriales y de transportes y servicios, deja de trabajar. El debate se enciende y empiezan a florecer propuestas y modelos ideales para una sociedad mejor. Pero la realidad es muy

diferente y el país cae en una profunda crisis política. Los llamamientos de De Gaulle caen en saco roto y el intento de una mediación con los sindicatos fracasa, mientras las barricadas siguen por las calles. Para el presidente es el momento de tener mano firme. Fomentando el terror por una posible insurrección comunista, declara elecciones anticipadas y llama a los franceses al orden y al civismo. La proclama tiene efecto. El orden se restablece progresivamente, el Mayo francés se va debilitando (demostrando que es un movimiento más eficaz en el plano de las demandas culturales que en política) y las urnas solucionan los problemas, inesperadamente, en un país que escoge virar a la derecha.

Será un referéndum sobre temas en principio «menores» el que marcará el fin de la experiencia política del general. En abril de 1969, el presidente anuncia la convocatoria de una consulta para someter al voto popular algunas propuestas de reforma del Senado y de la Administración local. Preguntas secundarias pero que De Gaulle convierte en importantes, usando el referéndum como test de su popularidad y de su peso político. El cálculo resulta erróneo y la mano jugada por de Gaulle es una mala mano. Después de una campaña electoral cerrada, que destroza su mayoría, una masiva afluencia a las urnas (testimonio del hecho que el voto no sea otra cosa que un tipo de juicio al trabajo presidencial) hunde las preguntas del referéndum. Acabado de informar de los resultados, Charles De Gaulle presenta su dimisión irrevocable y se retira a la vida privada. Muere el 9 de noviembre de 1970, después de haber dedicado los últimos meses a escribir sus memorias. Los franceses escuchan la noticia en televisión: las pocas líneas del comunicado oficial acaban con *La France est veuve* («Francia es viuda»).

SIETE AÑOS INTERRUMPIDOS

La dimisión de De Gaulle deja un vacío difícil de rellenar. El desafío entre siete candidatos en el primer turno y el sucesivo segundo turno dan la presidencia al gaullista Georges Pompidou. Siendo ya profesor de instituto, miembro de la Resistencia y primer ministro durante el primer mandato de De Gaulle, el nuevo presidente se marca, des del principio, objetivos claros para su mandato. Por un lado, la urgencia de una modernización del país para mover y reactivar una sociedad que parece bloqueada, por otro, una clara apertura a Europa y al proceso de integración.

Decisiones con visión de futuro que garantizan una recuperación significativa de la economía, superando la crisis monetaria que el país atraviesa desde finales de la década de 1960, estimulando la producción industrial (que llega al primer puesto en Europa) y el sector de las infraestructuras, aumentando la calidad de vida de los ciudadanos, a pesar de las protestas y el descontento general en muchos sectores de la población. La política exterior, sin abandonar la perspectiva de un lugar de «superpotencia» para Francia, está ligada a la recuperación de las instituciones comunitarias europeas (aunque, como De Gaulle, Pompidou no quiere una excesiva cesión de su soberanía), mediante el apoyo a la entrada inglesa en la CEE. Las relaciones con las excolonias se mantienen, llevando a cabo el esfuerzo por mantenerlas en la órbita de influencia francesa. El presidente también centra sus esfuerzos en el campo de la cultura y el arte. Mecenas y promotor del arte contemporáneo, se ocupa de la creación del Museo Picasso, del célebre Museo de Orsay, dedicado principalmente al impresionismo y al postimpresionismo, y de un centro cultural, pensado para reactivar uno de los

barrios más degradados de la capital, y que toma su nombre, el Centre Pompidou. Entre las iniciativas legislativas, destaca la de la defensa de la privacidad. A finales de la década de 1960, Pompidou y su mujer son afectados por un sórdido intento de difamación a manos de algunos adversarios políticos (dentro del mismo bando gaullista), entre rumores de fiestas eróticas y la posible participación en la muerte de Stevan Markovic, guardaespaldas del célebre actor Alain Delon y relacionado con el hampa. Des del principio está claro que se trata de un montaje. Cuando llega a la presidencia, Pompidou se ocupa de aprobar una normativa que castigue severamente cualquier intrusión ilícita en la vida privada de los ciudadanos.

Las elecciones de 1973 marcan una ligera inflexión de la mayoría política, como prueban el descontento interno en el partido y un clima social que va empeorando, entre huelgas y revueltas, que parece recordar el Mayo del 68. Al enrarecido clima político se suma también una extraña enfermedad incapacitante, la macroglobulinemia de Waldenström, pero ninguna de estas cosas parecen afectar el trabajo de Pompidou, que se mantiene constante hasta el final, cuando es afectado por una septicemia fulminante el 2 de abril de 1974.

EL MONOPOLIO DEL CORAZÓN

Para la sucesión de Pompidou, los dos candidatos más acreditados son el exministro de finanzas Valéry Giscard d'Estaing y el líder socialista François Mitterrand. El primero se presenta como un exponente liberal, rompiendo con la tradición gaullista más conservadora. De buena presencia, pronto se demuestra capaz de interceptar a los moderados y llevar a

cabo una campaña electoral vibrante y cuidadosa con el uso de los medios de comunicación. El ejemplo más significativo es el debate electoral televisado después de la primera ronda electoral. Respondiendo a Mitterrand, que reivindica la redistribución de la riqueza como una cuestión «de corazón», antes que de sentido común, Giscard d'Estaing desconcierta al público con una respuesta que quedará en nuestra memoria: «Usted, señor Mitterrand, no tiene el monopolio del corazón. No lo tiene. Tengo un corazón, como el suyo, que late con el mismo ritmo. Usted no tiene el monopolio del corazón. Y no hable a los franceses de este modo tan ofensivo para nosotros».

La victoria (aunque ajustada) da a Giscard d'Estaing la presidencia y asume su cargo oficialmente el 27 de mayo de 1974. Sus iniciativas políticas se mueven en la óptica del cambio, de una política relativamente progresista. El aborto se legaliza, el divorcio es más sencillo, el adulterio no se considera delito, la mayoría de edad desciende de 21 a 18 años, se amplían las prerrogativas de las Cámaras. En política exterior, el europeísmo será la marca distintiva, con Giscard d'Estaing que se ocupa personalmente de sostener la elección directa del Parlamento europeo (punto que Francia siempre había vetado) y que reactiva la necesidad de encuentros periódicos regulares entre los líderes de los países miembro.

Pero la crisis económica es el verdadero adversario de la presidencia de Giscard d'Estaing. Los dos «*shocks* petrolíferos», en 1973 y 1979, marcan de forma indeleble cualquier iniciativa en el sector, debilitando profundamente la fe de una población que ya estaba habituada a decenios de crecimiento, aunque fuera interrumpido. El estancamiento de la economía, marcado por la «estanflación» (una peligrosa mezcla entre inflación y estancamiento), y el consiguiente aumento vertiginoso de la

desocupación durante la década de 1970, acaban con un generalizado y creciente descontento social. Las elecciones presidenciales de mayo de 1981 confirman esta tendencia, marcando la derrota de Giscard d'Estaing y la victoria del socialista Mitterrand.

Pocos meses más tarde, Francia, que acaba de dar la bienvenida al nuevo presidente, debe despedir a una de sus voces más influyentes. Lacan muere el 10 de septiembre. Pero las televisiones y los periódicos, ocupados en observar los primeros movimientos del nuevo inquilino del Elíseo, dan muy poco espacio a esta noticia.

EL PENSAMIENTO



EL CASO AIMÉE

LA PARANOIA

Los primeros estudios de Jacques Lacan, que están recogidos después en su tesis doctoral *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (1932), se centran en el problema de la **paranoia**. Según el diccionario, el origen de esta palabra procede del griego antiguo y significa «locura». Estudiada desde los inicios del siglo XIX e interpretada diversamente durante todos estos años, se identifica como una psicosis que se manifiesta como un delirio crónico capaz de asumir características diferentes (envidia, persecución, grandeza...), relacionado con otras varias patologías (e influenciado por algunas drogas) y que se presenta como provisto de una propia lógica interna, no asociado a alucinaciones o alteración de las funciones psíquicas. La terminología oficial internacional prefiere, hoy en día, el concepto «trastorno delirante», genérico pero más fácil de definir.

PARANOIA

Deriva de griego παράνοια «locura», compuesto de «para», que indica desorden, condición anormal, y de παρὰ «mente». Generalmente indica una psicosis caracterizada por un delirio crónico, lúcido, sistematizado, no asociado a alteraciones como las alucinaciones y caracterizado por desconfianza y suspicacia. Desde su tesis doctoral, Lacan reconoce que la paranoia tiene un lugar fundamental entre las psicosis y, más en general, respecto al desarrollo de la personalidad.

Para Freud, la característica principal de este trastorno es su capacidad de mantener intactas las funciones psíquicas del enfermo. No rompe el orden de la realidad, solo la distorsiona y moldea el mundo que lo rodea para adaptarlo a sus convicciones. La aproximación de Lacan a esta patología, corresponde con su frecuentación del surrealismo y sus exponentes. Para Dalí, en el texto de 1930 *El asno putrefacto*, es el orden «alternativo» que da el para-

noico al mundo. Y justo en este proceso se encuentra la clave de la creatividad. Frente a un mundo caótico por naturaleza, que filosofía y ciencia han intentado explicar inútil y miserablemente, el filtro aparentemente distorsionado con el que el paranoico relee la realidad se convierte en la clave del proceso creativo. Se convierte en la imposición de un orden al caos. Según Lacan, aquí hay una pieza fundamental para entender la naturaleza de la paranoia.

DELANTE DEL TEATRO

El primer (y único) caso clínico estudiado por Lacan empieza con un suceso real. No es nada excepcional, una noticia que se encontraría normalmente entre los artículos de sucesos: una agresión ocurrida en París el 18 de abril de 1931, en el teatro Saint-George, en el *IX Arrondissement*. Marguerite Pantaine, de 31 años (en la tesis, con el pseudónimo de *Aimée*), que se encuentra escondida en la entrada de artistas, agredida con un cuchillo de cocina a la célebre actriz Huguette Duflos (con el pseudónimo de Mme Z), que sufre una profunda herida en la mano por haber agarrado la hoja del cuchillo al intentar defenderse. Los asistentes agarran a la mujer, que es arrestada y encerrada en la cárcel femenina de Saint-Lazare, donde permanece casi un mes. Hospitalizada en la enfermería de la prisión y trasladada al hospital psiquiátrico Sainte-Anne, donde trabaja Lacan, Marguerite es diagnosticada con «delirio sistemático de persecución

AIMÉE

Lacan esconde bajo el pseudónimo de Aimée a la joven Marguerite Pantaine Anzieu. En el punto culminante de una historia personal especialmente problemática, la joven había agredido, la tarde del 10 de abril de 1931, a una estrella de teatro y cine mudo francesa, Huguette Duflos (en la tesis, Mme Z), hiriéndola en la mano con un cuchillo de cocina. La paranoia la había convencido de que la célebre actriz era una terrible rival. Lacan la conoce en la clínica Sainte-Anne, donde había sido trasladada después de la detención, y se ocupa de su caso durante más de un año. Basándose en estas sesiones, escribirá su tesis doctoral titulada *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (1932).

con tendencias megalomaniacas y sustrato erotomaniaco». Lacan la visita por primera vez el 18 de junio de 1931. Durante un año, casi a diario, excava en su pasado, sonda los abismos de su mente, construye –día a día– su «caso». Al reconstruir el suceso, el médico no escucha a la paciente sino sus propias teorizaciones, lo que escucha es sistemáticamente tratado para respaldar sus propias convicciones en relación al tema de la paranoia. Aún, hoy en día, resulta difícil para el lector separar la verdad de los hechos de la interpretación lacaniana de los hechos narrados.

RECONSTRUIR UNA HISTORIA

Para entender los sucesos personales de la paciente, la tesis de Lacan hace un salto hacia el pasado. Marguerite nace en 1892 y toma el nombre de su hermana primogénita, muerta prematuramente en un trágico incidente doméstico. Tiene una infancia que podríamos definir como normal, en la campiña francesa, un carácter tendencialmente solitario y una buena predisposición a los estudios. Pero, en la familia, es la hermana mayor Élise que a menudo tiene que hacer de madre, que es mentalmente frágil. Inicia los estudios superiores con la idea de ser profesora, pero después Marguerite/Aimée abandona la escuela por una plaza en la Administración pública. Estos años están marcados por una serie de relaciones fracasadas. Primero con un joven del lugar, un don juán como lo define Lacan, con el que mantiene durante varios años una relación que acabará en nada. Después es el turno de una colega, el encanto de la cual sufre tremendamente. Las conversaciones de esta mujer, una supuesta noble en desgracia, la

fascinan y la intrigan, haciéndole odiar el pequeño mundo en el que se encuentra. Una relación que, en cambio, parece tener éxito es la que tiene con el joven René Anzieu, un muchacho pragmático y vivaz que parece exactamente el contrario de ella. El matrimonio entre los dos, celebrado a pesar de sus enormes diferencias de carácter, comportamiento, intereses y pasiones, cuenta con una fuerte oposición por parte de los padres del esposo.

Pero estas diferencias afloran pronto de modo incontrolable. El carácter pasivo y sexualmente frígido de la mujer, encerrada en sus libros, se encuentra frente a un carácter activo y agresivo al que responde con los primeros síntomas de un malestar psíquico: ríe compulsivamente, no para de caminar por la casa y se lava las manos sin cesar —aterrorizada por posibles enfermedades o gérmenes. La situación empeora aún más cuando la pareja tiene que acoger bajo su techo a Élise, que ha quedado viuda. La recién llegada toma enseguida el lugar de Marguerite en la gestión de la familia: tal como había sustituido a la madre incapaz, ahora tiene que hacerlo también con su hermana, que se encierra en un silencio melancólico, humillada y herida por la capacidad de Élise de triunfar donde ella ha fracasado y su propia incapacidad de aceptar esta situación.

Su embarazo no parece mejorar la situación. Se vuelve melancólica, sufre de manías persecutorias y a veces es violenta con el marido y los colegas. La muerte de la niña, por complicaciones durante el parto, es imputada a la «conspiración» de sus presuntos enemigos. Un segundo hijo, Didier, llega al mundo para compensar la muerte de su hermana y se convierte en el objeto de las atenciones enfermizas de la madre. Atenciones tan exageradas que llegan a ser peligrosas, llegando al

punto de obligar –de nuevo– a la hermana Élise a intervenir, cuidando del niño y haciendo internar a Marguerite en una clínica psiquiátrica, donde enferma presa de delirios megalómanos y alucinaciones. Marguerite es dada de alta unos meses más tarde, cuando parece haber encontrado una relativa estabilidad, se traslada a París y vuelve a su trabajo en Correos. A parte del trabajo, emplea su tiempo libre en la redacción de dos novelas, que son rechazadas por todas las editoriales donde las envía (y que Lacan leerá con un cierto interés por el estilo y lenguaje usados).

Un hecho aparentemente casual la arroja de nuevo al abismo de su propia fragilidad. Durante una conversación casual, oye citar la célebre diva Huguette Duflos. La misma de la que le había hablado aquella antigua colega, considerada responsable de los problemas que han empeorado su salud. Aquel nombre se convierte en un filtro con el que Marguerite interpreta la realidad. Se convence de que la actriz quiere atentar contra su vida y la de su hijo, un delirio que es empeorado por el enésimo rechazo a la publicación de sus trabajos y del divorcio, acusando al marido de agresiones. Es en este punto donde se forja la trágica elección del ataque, a partir del que empieza la reflexión lacaniana.

EL ESTUDIO DE LACAN

El bagaje cultural al que Lacan recurre para empezar su obra es amplio y complejo. En la investigación intervienen contribuciones provenientes tanto de la filosofía como de las diversas escuelas psiquiátricas que ha conocido durante su formación: la alemana, la francesa y la italiana. Un punto fundamental

de partida es el estatus de la psicosis paranoica. Para el debate científico de la época, el origen del fenómeno puede encontrarse en causas fisiológicas (organicistas o taras hereditarias) o bien psíquicas (psicogénesis): Lacan decide rechazar cualquier hipótesis organicista y encontrar el origen de la patología en un proceso psíquico en el que intervienen necesariamente el ambiente que nos rodea y las relaciones sociales. El trauma, el fenómeno físico o un acontecimiento simple representan la aparición manifiesta del problema, no su origen más profundo. El punto al que quiere llegar está claro: ligar psicosis paranoica y personalidad, utilizar la historia del paciente para explicar su delirio. Y la historia del paciente no puede ser otra que la historia «social», la historia de sus comportamientos y relaciones.

El delirio de Marguerite/Aimée, que la lleva a realizar esta acción extrema, es necesariamente una paranoia. En sus actos, sus elecciones y sus pensamientos la mujer siempre ha mantenido lúcidamente intacto un orden preciso de ideas dentro del que se mueve y se orienta. Y este «sistema» se ha desarrollado progresivamente, a lo largo de la «historia afectiva» del sujeto. El síntoma, la causa desencadenante (el «punto de ruptura», lo denomina Lacan) puede ser también algo físico, orgánico (como el embarazo y la maternidad), pero no es el origen. Recorriendo la historia familiar y afectiva de la paciente, es posible individuar las raíces de tal malestar: la hermana Élise. Desde su infancia, ha sido aplastada por esta figura femenina, que parece querer robarle un papel que le corresponde. Las figuras femeninas (la colega o Mme Z) que asumen la función de enemigas personales, de perseguidoras implacables, son la representación trasladada de la hermana. Incapaz de admitir el odio que siente por quien representa las

virtudes, calidades y compromiso que ella no llega a conseguir, la mujer paranoica desplaza su propia aversión a otras figuras femeninas. La superposición entre la hermana y las sustitutas acaba por crear un modelo ideal de mujer libre, afirmada e independiente que admira y desprecia al mismo tiempo. Aquel cuchillo que se levanta contra la actriz, contra la cristalización de un sentimiento contrastante de amor y odio, se levanta –en realidad– contra la misma Aimée. Según la tesis de Lacan, estamos ante una paranoia de autocastigo ejemplar. Agredir el ideal (personificado) equivale a agredirse a ella misma. No es casual que inmediatamente después del hecho, después de ser trasladada a los hospitales, se presenten las primeras señales de una progresiva curación. La solución es representada justamente por la toma de conciencia de la magnitud del gesto cumplido: cuando se encuentra delante de la ley, Aimée toma conciencia de lo que ha hecho. No tanto de la herida de la célebre actriz como de haber agredido la idea inalcanzable y por tanto odiosa de sí misma. El deseo ha sido cumplido. Lacan ha encontrado la clave interpretativa de la psicosis paranoica que estaba buscando: solo un análisis completo de la historia del enfermo, una comprensión de su evolución humana y un mapa de sus relaciones puede proporcionarnos los instrumentos para resolver el caso. Entender es curar.

EL PAPEL DEL SUPERYÓ

Interrogar y explorar la personalidad del paciente para reconstruir sucesos, relaciones, percepciones de sí mismo y de los otros es lo que Lacan debe, principalmente, a Freud, en

su fase de transición de la psiquiatría al psicoanálisis. Según las fases del desarrollo psicosexual del niño, «perverso polimorfo», la infancia está dominada por una sucesión de momentos bien diferenciados entre ellos, la superación ordenada de los cuales garantizaría una personalidad equilibrada. Una parada forzada en cualquiera de estas fases, la fallida superación de una de ellas —«fijación», según el vocabulario psicoanalítico— daría lugar a una serie de patologías que caracterizarán la vida adulta del sujeto. En el sujeto Aimée, Lacan puede individuar una personalidad paranoica derivada de una fijación en el estadio anal (con resultantes tendencias sadomasoquistas y atracción homosexual latente por el propio hermano o hermana). La investigación de la historia personal y la aclaración de estas dinámicas puede proporcionar un cuadro teórico en el que comprender (y así curar) el sujeto que se tiene delante.

¿De dónde proviene la relación frustrada con la hermana que ha desencadenado todo este suceso? En la segunda tópica de Freud, el superyó es la asimilación de todas las normas religiosas, morales y conductuales que regulan la realidad que nos rodea, es la voz que orienta nuestras elecciones y acciones, obedeciendo a vínculos y tradiciones externas. Familiares, amigos y figuras de autoridad (profesores o jefes, por ejemplo) encarnan la personificación de este grupo de normas y el modelo que podemos tomar como referencia para nuestros comportamientos. Parece claro que la elección de un modelo demasiado alto solo puede aplastarnos con el peso de la responsabilidad, con el constante sentimiento de inferioridad e insuficiencia frente a cualquier cosa que no somos capaces de conseguir. La hermana Élise, y con ella la serie de perseguidoras por las que Marguerite se sentía cazada, son justamente esto, un ideal tan alto que resulta inalcanzable, sumiéndola en un sentimiento

de odio, frustración e impotencia. El delirio paranoico desvía la frustración provocada por este superyó demasiado exigente y la descarga sobre sus enemigos imaginarios. En un juego de referencias y espejos, el sujeto se contrapone a la propia imagen idealizada. Una correcta lectura de esta imagen se revela, por lo tanto, fundamental.

ENCONTRARSE DESPUÉS DE MUCHOS AÑOS

La tesis doctoral, escrita a máquina diligentemente por su novia de aquel entonces, Olesia Sinkiewicz, es defendida por Lacan, después de un año de trabajo, en noviembre de 1932. Ante la comisión académica, el caso Aimée es ilustrado y discutido. Mientras que las formulaciones, investigaciones e intuiciones continúan, la tesis se queda en un cajón hasta su publicación, bastante tardía, en 1975. Durante estos cuarenta años, no han cambiado solo las ideas, sino también los protagonistas de esta historia. En 1949, Didier Anzieu, el hijo de Marguerite, decide hacerse analista y conduce su propio análisis en el diván de Lacan: no sabe que el famoso «caso Aimée» habla de su madre. El hecho será descubierto por una extraña coincidencia. Marguerite, dada de alta hace unos años de la clínica Sainte-Anne, reprende la relación con el hijo que había dejado hace decenios al cuidado de su hermana amada y odiada. Una vez acabada la guerra, empieza a trabajar como criada en casa de Alfred Lacan. No se trata de una simple homonimia: es el padre de Jacques. Hablando con su madre, Didier descubre la verdad sobre la tesis de 1932. La ruptura con Lacan es inevitable: lo acusa de haber distorsionado, para su provecho personal, la historia humana de su

madre, reduciéndola a un caso clínico construido *a posteriori*. El hijo y los sobrinos niegan abiertamente que la mujer descrita en el primer trabajo científico de Lacan sea la Marguerite Anzieu, nacida Pantaine, que han conocido. Sostienen que la mujer detestaba al joven médico, que la habría seguido durante un año, que era empalagoso y a veces ridículo, y lo acusan de haber robado —y no haber devuelto— manuscritos, cartas y fotografías.

PSICOSIS PARANOICA

Para Lacan es un malestar
que se origina por un proceso psíquico
en el que juegan un papel clave
el ambiente y las relaciones sociales
(rechazo de una explicación
orgánica/fisiológica)

Esta teoría se sostiene mediante el
análisis de un caso clínico que empieza
con un suceso real:

el caso Aimée

Origen del malestar:
hermana Élise

Punto de ruptura (inicio de la
manifestación de la patología):
un acontecimiento físico
(embarazo, maternidad...)

Aimée desvía su aversión
paranoica a las figuras
femeninas de su vida
(colegas, Mme Z...) porque
estas representan a Élise

Gradual construcción de un
modelo ideal inalcanzable de
mujer, amado y odiado a la
vez (escisión irreparable
entre lo que es y lo que
querría ser)

>

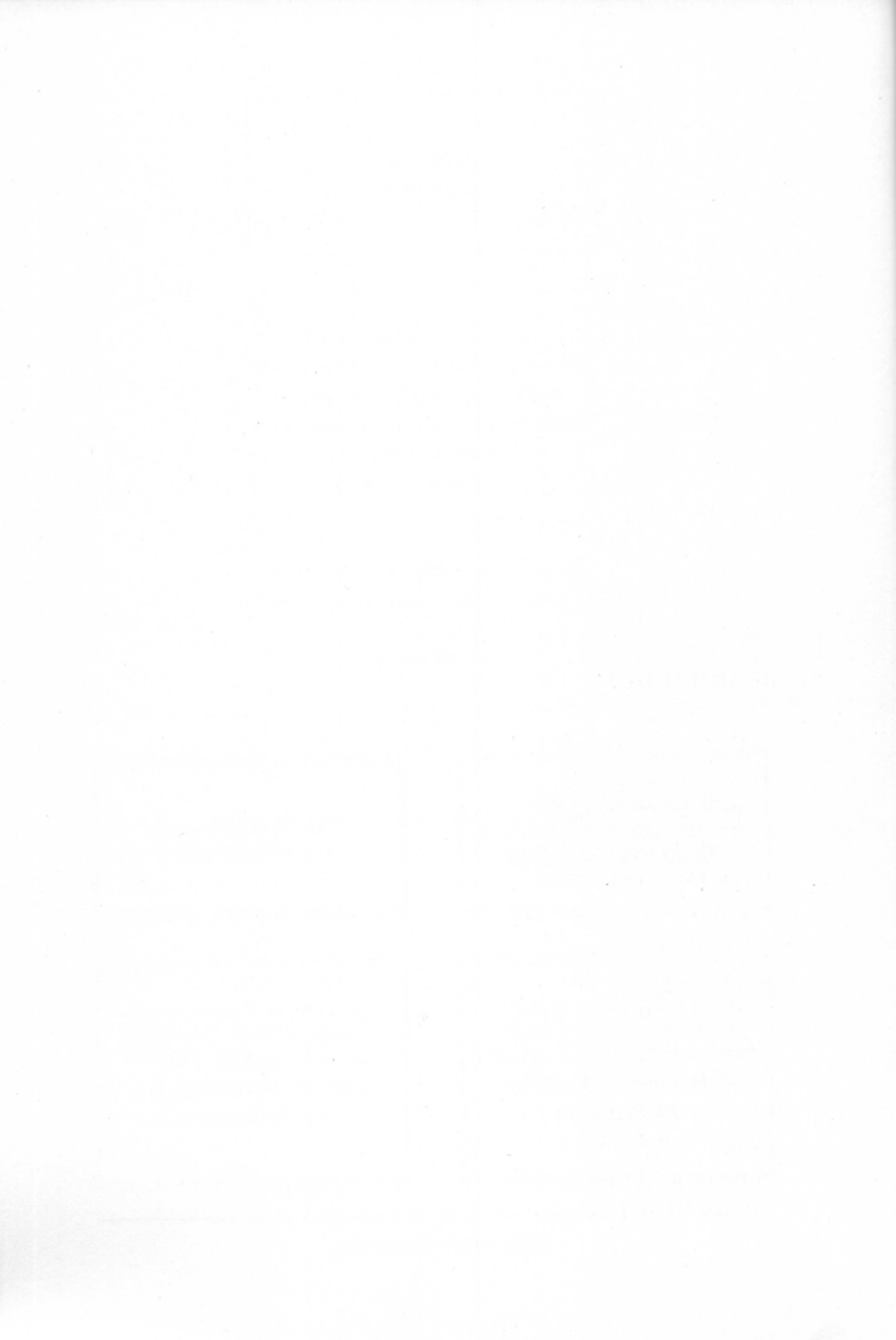
Apuñalamiento de Mme Z, es decir, del ideal y de ella misma
(paranoia de autocastigo)

Progresiva
curación de Aimée

Comprensión y análisis de
la historia de la vida de Aimée,
de sus relaciones sociales
y ambientales

Gradual toma de conciencia
del acto cumplido y de su
significado (agresión de
lo «inalcanzable»)

ENTENDER ES CURAR



A TRAVÉS DEL ESPEJO

MARIENBAD

XIV Congreso de la IPA, en Marienbad (hoy en día Mariánské Lázn, República Checa): el 3 de agosto de 1936, a las 15:50, Ernest Jones retira la palabra a Lacan. El informe titulado *Estado del espejo*, es interrumpido bruscamente después de 10 minutos mientras Lacan lo está presentando a la audiencia. Es el mismo Lacan, decenios después, que recuerda con precisión (y poco disimulado rencor) el evento, indicando la hora y los minutos exactos como si hubiera sucedido pocos días antes.

Es el primer congreso internacional en el que participa Lacan, y también es el congreso en que se consuma el choque entre Anna Freud y Melanie Klein. La célebre localidad termal (anteriormente visitada por personajes como Chopin, Wagner, Eduardo VII del Reino Unido, el zar Nicolás II, el emperador Francisco José) ha sido escogida para permitir a la hija de Freud acudir, en caso de ser necesario, al lecho de

muerte de su padre, gravemente enfermo de cáncer. Es en esta ocasión donde se enfrentan dos visiones profundamente diferentes de interpretar el psicoanálisis y su evolución, especialmente por lo que respecta al psicoanálisis infantil. El niño, «perverso polimorfo» freudiano, ¿puede ser sometido a terapia psicoanalítica? ¿Con las mismas herramientas del adulto? Para Melanie Klein es posible desarrollar una técnica basada en la interpretación simbólica del juego, siempre que se cumplan determinadas condiciones. Para Anna Freud, el juego, actividad natural de los niños, no es interpretable en sentido psicoanalítico y el niño no sería capaz de llevar a cabo la «transferencia».

Justo en medio de estos enfrentamientos, Lacan llega a Marienbad, siendo casi un desconocido para la mayor parte de los presentes. Como Klein, está reconsiderando profundamente los avances de la aportación freudiana, especialmente teniendo en cuenta las elaboraciones de la década de 1920, las de la segunda tópica y del dualismo pulsional vida/muerte. Está reconsiderando, a raíz de su propia tesis doctoral, la «frontera» entre normal y patológico, está recolocando la locura en la historia personal del sujeto, está reflexionando sobre la relación objetal (todos ellos temas destinados a ser recuperados y posteriormente desarrollados en los años sucesivos, como demuestran los Seminarios, por ejemplo el IV sobre relaciones objetales). Pero la peculiaridad de su planteamiento viene dada por las fuentes a las que recurre para esta reconsideración. No solo el horizonte cerrado del pensamiento freudiano, sino también una apertura amplia y variada hacia las aportaciones de la psiquiatría (en la que se ha formado), la filosofía y la cultura surrealista. Lacan parte de un acercamiento «académico» a Freud, un planteamiento cercano a la reelaboración de Anna Freud, para llegar

a una relectura del mismo: como Melanie Klein, ciertamente, pero mediante un planteamiento personal y diversificado. Este informe, interrumpido antes de la conclusión, está escrito en una serie de pequeños folios que Lacan no entregará a las actas del congreso (pero el texto de los cuales será recuperado y refundido en aportaciones futuras) y contiene una de las contribuciones seguramente más originales y conocidas de su producción.

FREUD Y EL NARCISISMO

Un punto de partida fundamental para Lacan, que en esto se remite directamente a Freud, es reabrir la «herida narcisista» (Freud, *Una dificultad del psicoanálisis*, 1916) y confirmar la «des-tronización» de la conciencia humana del centro de la vida psíquica, demostrando como el yo no es el jefe sino el sirviente sometido a la tiranía de las pulsiones del ello, de la relación con el mundo externo, de las reglas del superyó. El camino recorrido nos conduce, según Freud y Lacan, a la evidencia de la no superposición entre yo y sujeto. La persona es el fruto de una estratificación y de una composición de varios elementos, no está creado, simplificando, por el solo yo y su papel de unificación de estímulos diversos, de sujeto autónomo y perfectamente dueño de sí mismo (papel destacado fuertemente por la *Psicología del yo*, de Anna Freud). El yo no puede ser el sujeto. Lacan reprende el rechazo freudiano de esta concesión típica del pensamiento occidental, formulada por Descartes en el siglo XVII, según la cual «pienso, luego existo». Al contrario, el pensamiento lúcido no puede ser la cifra con la que calcular la identidad del sujeto.

NARCISISMO

El narcisismo de Lacan recupera y enriquece la definición de Freud. En el texto de 1914, *Introducción al narcisismo*, el padre del psicoanálisis, distinguiendo entre *n. primario* y *n. secundario*, lo interpretaba como una condición no inmediatamente patológica, sino conectada a las pulsiones de autoconservación. Una parte de nuestra energía libidinal siempre estaría proyectada al interior: primero en el niño que aún no tiene una percepción real del mundo que lo rodea y después en el adulto que obtiene genuinos sentimientos de autoestima, salvo en casos extremos en los que invertir demasiada de esta energía da lugar a psicosis. Lacan (que considera esta definición incompleta) conecta el narcisismo (sin distinguir entre primario y secundario) a la formación del yo.

Este recorrido, que pasa por toda la enseñanza lacaniana, se desarrolla a partir de la reflexión atormentada sobre el **narcisismo** y la constitución del yo. La *Introducción al narcisismo* (1914) de Freud nos deja (sin encontrar ninguna respuesta adecuada, según Lacan, que habla de «tierra desconocida») algunos interrogantes: ¿qué es el yo?, ¿cómo se constituye? El texto freudiano parte de la definición de narcisismo como «realización libidinal del egoísmo de la pulsión de autoconservación del hombre». No estamos frente a algo patológico, sino frente a algo que completa a cada uno de nosotros: una parte de nuestra energía libidinal siempre

se invierte en nosotros mismos. Durante las primeras fases del desarrollo psicosexual, el niño afronta un «narcisismo primario» en el que toda la libido es orientada hacia sí mismo, de forma indistinta. El comportamiento de los padres, su idealización del niño, en el que proyectan expectativas y deseos, contribuye a plasmar este objeto hacia el que el niño se concentra, este «yo»

en el que se reconoce. El crecimiento y el desarrollo ordenado por la psique llevarán el adulto a conocer un «narcisismo secundario» en el que —como ya hemos dicho— una parte de la libido se quita de las relaciones objetales externas para dirigirse al yo y que asume un valor positivo, por ejemplo al generar un genuino y sano sentimiento de autoestima.

NIÑOS Y ESPEJOS

En su tesis doctoral, Lacan ya había anticipado como la paranoia emana de una escisión irreparable entre lo que es y lo que querría ser, una relación distorsionada entre el yo y una imagen ideal. Esta relación nos lleva necesariamente a la reflexión freudiana sobre el narcisismo y el desarrollo del yo. Para él, de hecho, este último no es para nada un sujeto, no es la fuerza positiva de Descartes que se identifica con el pensamiento racional o la fuerza unificadora de Kant (*Ich denke*, yo pienso) que da un sentido a todas nuestras representaciones. El yo sería más bien un objeto, un objeto evasivo y maleable que se construye, de tiempo en tiempo, en base a aquello con lo que se identifica: una cebolla compuesta de varias capas. Por lo tanto, es el identificarse que representa, en la concepción lacaniana, el momento constitutivo del yo, que el «narcisismo primario» había introducido pero había dejado pendiente: «yo no soy yo» sino más bien «yo soy yo del otro», es decir, la imagen que nace de la comparación. Y es esta «imagen» que plasma mi yo y por lo tanto a mí mismo. Estamos frente a una «encrucijada estructural».

Tomamos un niño, entre seis y dieciocho meses. Tomamos un **espejo**. Los ponemos uno frente al otro. El pequeño acoge con alegría su propia imagen reflejada, ¿por qué? En medio de

ESPEJO

La fase del espejo, entre los 6 y los 18 meses de vida, representa según Lacan el momento en el que se constituye el núcleo del yo. Puesto frente a la superficie reflectante, el pequeño, aún mortificado por el poco dominio de su cuerpo («cuerpo-en-fragmentos») ve frente a él una imagen que le aparece como completa y en la que parece capaz de ejercer pleno control, provocando en él alegría y satisfacción. Es en esta identificación que se desarrolla la personalidad del sujeto: yo soy este objeto reflejado, primero ante el espejo y después ante la imagen de mí mismo que me devuelve el contacto con los demás.

su desarrollo psíquico y físico, el niño aún no ha conseguido un pleno control de su cuerpo, lo vive como algo fragmentado y no coordinado. El espejo le devuelve, de frente, un cuerpo «entero», que se le presenta inmediatamente y totalmente, y en los movimientos del cual ejerce el pleno control. Estamos en el momento del nacimiento del yo.

Frente al espejo, el sujeto (Lacan lo llama *je*). Es el niño como «cuerpo-en-fragmentos» (*corp morcélé*) el que vive esta experiencia. Gracias al espejo, el niño se ve como una totalidad

de la que es el jefe, en una imagen ideal que le devuelve lo que no es y querría ser. El niño ve, mirándose al espejo, un ideal que tiene «algo más» que los fragmentos por los que está compuesto y que justamente por este motivo ejerce una atracción en el objeto que la experimenta. El sujeto se reconoce, en este juego de espejos, en algo exterior que lo refleja. Narcisismo (ya no se distingue entre primario y secundario) y paranoia contribuyen al nacimiento del yo. La estructura narcisista, y por tanto la atracción, es decir, la inversión de energía libidinal hacia el yo, constituye la esencia misma del yo y este objeto de inversión es

diferente de él mismo, es una imagen idealizada a la que se aspira y con la que se identifica. La imagen del espejo encanta y seduce al sujeto con la promesa de unidad, de integridad, que la fragmentación del estadio evolutivo en el que se encuentra parece aún negarle.

LA APORTACIÓN DE LA FILOSOFÍA

En esta formulación emerge, claramente, el papel que tiene la filosofía en la reflexión de Lacan. La relación entre un sujeto y otro nos remite inmediatamente a la obra de Georg Wilhelm Friedrich Hegel. En algunas de las páginas más célebres de la *Fenomenología del espíritu* (1807), el filósofo alemán afirma que la constitución del sujeto pensante como «autoconciencia», es decir, como sujeto caracterizado por la propia actividad intelectual y no por sus necesidades fisiológicas y materiales, no puede prescindir del encuentro con el otro. No será la concupiscencia (en alemán *Begierde*, una palabra que Lacan utilizará sucesivamente para indicar el deseo), si no el encuentro entre dos sujetos que constituirá el ser humano como tal. Si la simple satisfacción de una necesidad es algo unilateral que se acaba en el mismo momento en el que se cumple, la constitución de dos sujetos viene determinada por un intercambio dialéctico en el que la pregunta de reconocimiento como sujeto se encuentra con, en la otra autoconciencia que recibe la pregunta, una respuesta («es sin duda un movimiento dual de ambas autoconciencias. Cada una [...] hace lo que hace solo cuando la otra hace lo mismo», *Fenomenología del espíritu*).

Esta dinámica, este intercambio dialéctico de reconocimiento a través del otro, encuentra una correspondencia en la idea

lacaniana de un sujeto (*je*) que realiza su propio reconocimiento en el reflejo que el espejo le pone delante. En estos años, de hecho, Lacan puede asistir a un florecimiento de estudios sobre Hegel, especialmente en los círculos culturales parisinos animados por la enseñanza de Alexandre Kojève y su *renaissance hégélienne*, que se asocia con el descubrimiento de la fenomenología de Husserl y la lectura de *Ser y tiempo* de Martin Heidegger (publicado en 1927).

El hilo conductor que une estas lecturas es la crítica radical a la idea de un sujeto que tenga en sí mismo y solo en sí mismo el sentido de la existencia, a la idea de un liderazgo del sujeto. Al contrario, la existencia del individuo no puede prescindir de la exterioridad que la rodea y que no puede controlar. Al lado de las «tres H» (Hegel, Husserl, Heidegger), Lacan aprende y reestructura también los conceptos de Sartre, que formula la idea de una subjetividad como un espacio vacío abierto al otro (*La trascendencia del ego*, 1934). Enmarcada en este trasfondo cultural, la formulación lacaniana del estadio del espejo incluye la original reformulación del pensamiento freudiano ampliada con las exigencias de la filosofía contemporánea.

ESCISIÓN

Si la filosofía hegeliana se caracteriza por un avance dialéctico en el que cada momento está destinado a encontrar pleno cumplimiento en los anteriormente sucedidos, en un proceso perfectamente racional, la escisión lacaniana entre sujeto y yo no puede encontrar solución. El sujeto fragmentado se aferra a esta imagen que lo fascina, la utiliza como una «armadura ideal»

que le permite dar un sentido a su propia condición. Pero esta es una condición trágica: el sujeto no está ni a este lado del espejo, donde está incompleto y destrozado en la fragmentación de las pulsiones, ni al otro lado del espejo, donde se reconoce en un espejismo, en una unidad ideal. Estamos frente a una condición perenne de *alienación* que «estructura» el ser humano, que no ve la propia imagen si no es fuera de sí mismo. En este momento Lacan está mucho más cerca del existencialismo de Sartre y Heidegger que del idealismo de Hegel, donde había empezado.

Aquella imagen de la que se sufre el encanto magnético no es un producto del *je* que nos devuelve algo que ha creado él, sino que es la imagen que constituye el sujeto y lo plasma: yo no soy un sujeto que crea, yo soy el objeto de un reflejo. Y la historia personal de cada uno de nosotros es la «secuencia» de los reflejos: de vez en cuando, el sujeto se ve en la imagen de sí mismo que le devuelve otra persona: el padre, el hermano, el colega, el amigo, la compañera...

ALIENACIÓN

El concepto de alienación ocupa un lugar fundamental en la historia de la filosofía. Lacan lo obtiene de Hegel y de su *Fenomenología del espíritu* (1807), en el que esta es concebida como un momento dinámico/dialéctico fundamental, basado en la contraposición y la sucesiva recomposición, de este proceso racional con el que se estructura la realidad como manifestación de un «absoluto». El concepto lo vuelven a utilizar, con sentido negativo, filósofos posteriores como Feuerbach y Marx. Según Lacan, la alienación representa una condición estructural del ser humano que encuentra su propia realización solo fuera de sí mismo.

AGRESIVIDAD Y RECONOCIMIENTO

En esta escisión, el narcisismo representa un tipo de compensación. La identificación del sujeto con esa imagen permite compensar la fragmentación con aquel «valor añadido» que parece tener el reflejo. En esta relación el yo se encuentra en una condición potencialmente peligrosa: ocupado en hacer coincidir «los dos lados del espejo», se encuentra en medio de una dinámica imposible de cumplir y que lo pone en una especie de rivalidad con sí mismo. Estos vínculos entre el narcisismo y la agresividad serán estudiados por Lacan en dos textos sucesivos al informe *Estadio del espejo: Acerca de la causalidad psíquica* (1946) y *La agresividad en psicoanálisis* (1948).

Estamos frente a una situación en la que el sujeto «erotiza» su imagen, como ha demostrado Massimo Recalcati, uno de los mayores estudiosos de Lacan, y entra en competición con algo que querría ser pero no es. No solo Narciso es atraído fatalmente por su imagen hasta morir (Lacan compara los resultados potencialmente fatales del enamoramiento narcisista a la pulsión de muerte freudiana, en *Acerca de la causalidad psíquica*). También Caín, en la *Biblia* (Génesis IV, 1-15), mata a su hermano Abel porque lo consume la envidia hacia el hermano que ha sabido complacer a Dios con sus ofrendas. El primer asesino de la historia alza la mano contra el que representa todo lo que querría ser y no es: Caín ataca su propia imagen ideal.

Reconocer en otro la representación del propio yo ideal puede generar una peligrosa oscilación entre el amor intenso por lo que se querría ser y el odio ciego, la voluntad de destruir aquello que encarna la alienación. Lacan se refiere aquí a su propia tesis doctoral y a su investigación sobre la paranoia. El gesto psicótico y violento de Aimée no es solo la agresión a Mme Z,

es la agresión a aquello que, al mismo tiempo, representaba el ídolo a admirar y la rival a temer. Y detrás de este ídolo rival está la imagen del espejo, está la Aimée idealizada y completa que la Aimée sujeto fragmentado se encuentra delante. La víctima en la que se versa la agresividad es el ideal exteriorizado del sujeto que ha permanecido bloqueado en el estadio del espejo. El gesto violento parece llenar aquella distancia entre sujeto y proyección ideal.

La ilusión del sujeto que propina el golpe es la de «creerse un yo», la de creerse una instancia dotada de racionalidad, unidad, síntesis. En cambio, en el yo hay una atracción peligrosa hacia un ideal, hay una pulsión del yo hacia sí mismo. Llevar al exceso esta atracción nos arroja, de hecho, a un delirio que trasfigura porque se considera una unidad independiente, autónoma, autosuficiente y capaz de superar la alienación y la dependencia del otro. El otro no es más el elemento en el que me miro y me encuentro a mí mismo, comparándome. El otro se convierte en la amenaza, aquello que quiere impedirme alcanzar mi unidad y que fomenta mi alienación.

Por suerte, no todas las relaciones interpersonales se mueven por esta pulsión agresiva. El mundo que nos rodea es el mundo con que nos enfrentamos y nos encontramos constantemente con otros que reflejan nuestra imagen. Nuestro deseo está supeditado a la mediación del reconocimiento recíproco, expresado mediante el lenguaje, gracias al que podemos frenar y gestionar la pulsión destructora. Recordando otra vez la lección hegeliana, Lacan puede presentarnos un deseo entendido no simplemente como querer algo que satisface inmediatamente una necesidad, una pulsión, sino también un deseo que es voluntad de reconocimiento. Mi deseo se ha convertido en el deseo del otro.

NARCISISMO

(Inversión de energía libidinal
hacia el yo)

PARANOIA

(Escisión entre lo que se
es y el ideal, es decir,
lo que se querría ser)

contribuyen al
nacimiento
del **YO**

Entendido como objeto plasmable que se construye, de tiempo en tiempo, en base a aquello con lo que nos identificamos. De la comparación y del reflejo se plasma el yo que se identifica con una imagen idealizada.

(Rechazo de la visión de un yo dueño de sí mismo, plenamente identificable con la persona misma)



Lacan propone
el **estadio del espejo**



El espejo devuelve al niño pequeño la imagen de un cuerpo ideal (con el que identificarse) porque está entero y es controlable, diferentemente a su experiencia real de un cuerpo aún difícil de manejar y fragmentado.

El sujeto se reconoce en el reflejo que el espejo (la otra persona, el padre, el hermano, el amigo...) proporciona: el yo se forma por una «secuencia» de reflejos, de percibirse como algo «diferente».

El ser humano vive una **ESCISIÓN** permanente:
No está ni completamente fragmentado ni es una unidad ideal.
Su realización es solo fuera de sí mismo (espejo)

Puede ver en otro la representación de un ideal
(por ejemplo: Mme Z para Aimée, Caín para Abel)

generando un
sentimiento dual de:

Odio (y desesperación)
por lo que no se es
(por el ideal inalcanzable)

Amor (y admiración)
por lo que se querría ser

puede desencadenar:

AGRESIVIDAD
Utilizada como medio para
superar la dependencia y la
alienación del otro que es visto
como amenaza y obstáculo para
alcanzar la unidad y
autosuficiencia del propio yo.
El otro, la víctima, es el ideal
exteriorizado a destruir.

SITUACIÓN
PATOLÓGICA

(En la vida cotidiana,
el **lenguaje** media en el
reconocimiento recíproco,
frenando la agresividad)

INCONSCIENTE Y LENGUAJE

EL DISCURSO DE ROMA

A primera vista, la relación entre Lacan y los congresos internacionales no parece ser de las más idílicas. Si en Marienbad fue interrumpido por Jones, en Roma tiene un discurso de clara ruptura con las instituciones «oficiales» del psicoanálisis internacional. La audiencia es la del XVI Congreso de psicoanalistas de lengua romance (1953) y la oposición se refiere a las disputas internas en la Sociedad Psicoanalítica de París que han obligado a Lacan y otros miembros a salir de ella para fundar la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. En el informe que presenta, *Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis*, no faltan los ataques, incluso violentos, a los excolegas parisinos y a los adversarios internacionales, especialmente Loewenstein, con el que rompe después del fin de su propio análisis en 1938.

Pero, una vez superadas las polémicas, el texto representa también un momento fundamental en la producción lacaniana.

El sujeto necesita una satisfacción que vaya más allá de la narcisista, replegada en su propia imagen. Y esta satisfacción es posible gracias a una cosa: el lenguaje. La inspiración le viene dada por su amistad con Lévi-Strauss y con Jakobson, un antropólogo y un lingüista, y por el conocimiento de las obras de De Saussure, el padre de la lingüística moderna. La reflexión que surge, genéricamente bautizada como «estructuralismo», interpreta el lenguaje como un sistema cerrado, con sus propias reglas, hecho de señales interdependientes y que interaccionan entre ellas. Lo que quedaría excluido, y que Lacan decide investigar, es el punto de vista del sujeto que habla: aunque, de todos modos, el lenguaje lo envuelve y es gracias a él que se puede expresar.

Lacan considera que es un tema a investigar que no puede dejar de interesar al psicoanálisis: a fin de cuentas, ha sido el mismo Freud quien se lo ha hecho notar. El análisis, la práctica del psicoanálisis, tiene su núcleo en la palabra. Anna O., la famosa paciente de Breuer y Freud, había definido el proceso al que se estaba sometiendo como una «cura hablada». Por tanto, nos dice Lacan, es hora que el psicoanálisis recupere lo que le pertenece.

IMAGINARIO Y SIMBÓLICO

La esfera en la que se mueve el sujeto, según las primeras formulaciones lacanianas a partir del estadio del espejo, es la del *imaginario*. Mi yo está constantemente determinado por el reflejo en el otro, por mi percepción de mí mismo como algo «diferente» que sale de la comparación especular. El intercambio es continuo y simétrico, alienándome en la *imago* me descubro a mí mismo y lo que soy. Pero, en el momento en que nos acercamos al lenguaje y la palabra, lo que nos encontramos es algo diferente, nuevo.

No nos podemos limitar a considerar este reflejo del yo en el otro: mirando a nuestro alrededor, nos damos cuenta que estamos insertados en una estructura supraindividual. No existimos solo yo y el otro: también hay otro. No se trata de una simple peculiaridad sintáctica, entre mayúscula y minúscula, de un extraño juego estilístico: el otro es la *imago* especular con la que me comparo, el otro es «el contexto», la dimensión de la cultura, el conjunto de las leyes, el orden en el que el hombre se mueve y actúa.

El estructuralismo había diferenciado entre «lenguaje», como el sistema complejo de señales y normas, y «palabra» como hecho simple, como «gesto lingüístico». Ligando al psicoanálisis esta contribución (otra vez estamos lidiando con algo externo a la disciplina), Lacan define el lenguaje como «el lugar del otro», que nos envuelve como una red y que nos determina, no como un simple instrumento. Es la dimensión universal y social. La palabra es, en cambio, el acto individual y subjetivo: «Cada palabra pide una respuesta. Mostraremos que no hay palabra sin respuesta, aunque solo encuentre el silencio, siempre que éste tenga un oyente, y aquí está el corazón de su función» (Lacan, *Escritos*). Mediante la palabra, el sujeto encuentra una satisfacción, diversa a la del estadio del espejo, replegada narcisísticamente en sí misma. Gracias a esta, el sujeto expresa su propia verdad y exige que sea reconocida. En este marco, el deseo del hombre (otra vez nos referimos a Hegen) no es la satisfacción inmediata de una mera necesidad, sino la exigencia de un reconocimiento.

LAS PALABRAS DEL INCONSCIENTE

El *Discurso de Roma* recupera justamente esta perspectiva hegeliana de un deseo que se convierte en el puente entre dos

individualidades y lo relaciona con la práctica psicoanalítica. Una vez acomodados en la consulta del terapeuta y cuando el paciente ya se ha sentado en el diván, la palabra se convierte en el «medium» entre los dos interlocutores. Si cada palabra pide una respuesta, entonces establece una relación, un intercambio, una exigencia de reconocimiento. La palabra del paciente se convierte en la demanda al analista de un reconocimiento: «¿Quién soy, yo?».

El problema de este reconocimiento es que la palabra del paciente es vacía, está sofocada por las chácharas (Lacan recupera este concepto de Heidegger en *Ser y tiempo*) y, justamente por esto, genera ansiedad. El analista tiene el deber de restituir a la palabra su valor, de transformarla en una palabra llena. Es como si las chácharas rompieran un capítulo de la historia del paciente, haciéndolo ilegible, «ocupado por la mentira». La urgencia es entonces transcribir correctamente estas páginas y hacer de nuevo el discurso completo y accesible.

¿Por qué esto? ¿Cómo es posible?

Para Lacan, *el inconsciente está estructurado como un lenguaje*. Volviendo otra vez a Freud, se trata de demostrar que el inconsciente no solo es un depósito de impulsos libidinales, sino que es algo complejo y estructurado. Los textos que Lacan tiene en cuenta son los de la primera producción freudiana: *La interpretación de los sueños* (1900), *Psicopatología de la vida cotidiana* (1904), *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905). El inconsciente se desarrolla y se expresa mediante estructuras fáciles de reconocer (sueños, lapsus, chistes, justamente como las figuras retóricas de la lengua) y su zona de acción es por lo tanto interpretable como algo capaz de producir efectos dotados de sentido.

SIGNIFICANTE Y SIGNIFICADO

La lingüística estructuralista aquí es especialmente influente. En *La instancia de la letra en el inconsciente* (1957), Lacan recupera directamente De Saussure, para después alterarlo hacia Freud. Para la lingüística, el signo lingüístico (la palabra que utilizamos) es dado por un **significado** (el valor semántico, su «forma») y da un **significante** (el valor fonético, su «concepto», la idea que tenemos en mente y que queremos expresar). Si utilizo la palabra «hospital», su significado será la idea de un lugar en el que trabajan médicos para curar a los pacientes, y su significante será la escritura, la parte físicamente perceptible, de la palabra que he escogido. Cada signo está determinado por la relación entre las dos partes, las dos caras de un mismo folio.

Lacan toma el concepto, lo rompe y lo cambia. Es el «significante», la dimensión de lo simbólico, que domina el «significado», la dimensión de lo imaginario (S/s). El significado queda escondido, resbala, fluctúa, se escapa; no se puede conectar de modo

SIGNIFICANTE Y SIGNIFICADO

Para el estructuralismo lingüístico (empezado por el ginebrino Ferdinand de Saussure), el signo lingüístico (la palabra que utilizamos) está compuesto por un significado y un significante, la «forma» que escogemos y la «idea» que queremos expresar.

Lacan invierte estos conceptos, llevándolos al plano de lo simbólico y lo imaginario. El significante, simbólico, «está por encima» del significado, imaginario. No es el significado donde nos debemos detener: este escapa y nunca se hace entender bien del todo. Lo que es determinante es la cadena, la secuencia de los significantes en los que el sujeto está inmerso constantemente.

unívoco a un solo significante, pero los dos conceptos están separados y disociados. Es más, el significado toma forma a partir de una serie de significantes. Estamos acostumbrados, por rutina, por práctica, a dar importancia al significado que nos seduce y nos atrae, pero nos distrae. Pero si observamos con

atención, es la concatenación de los significantes el contexto en el que el sujeto se encuentra y vive. El sujeto queda «dividido»: no será nunca una sola identidad unívoca, sino más bien será determinado por la que lo rodea.

METÁFORA

Del latín *metaphōra*, que proviene del griego μεταφορά, «transfer», derivación de μεταφέρω «transferir». Es una figura retórica que consiste en sustituir un vocablo propio con uno de figurado, mediante la transposición simbólica de imágenes. Por ejemplo, «una salud de hierro» para indicar una salud sana y vigorosa. Según Lacan, cuando el inconsciente se estructura como un lenguaje, la metáfora se superpone al «desplazamiento», del que habla Freud en *La interpretación de los sueños*, como la ley que determina la actividad onírica.

FIGURAS RETÓRICAS

La práctica psicoanalítica tiene que tener necesariamente en cuenta esta distinción. Mientras se concentre de modo exclusivo en la fascinación del

significado, nos esforzaremos en vano en el intento de alcanzar una hipotética referencia originaria, escondida más allá, olvidando de este modo el significante, que permanecerá allá, apartado, como una caja vacía. Pero todo esto solo traicionaría y falsificaría nuestra percepción. Si el inconsciente está estructurado como el lenguaje, y este lenguaje tiene que centrarse en la cadena de significados, se trata de entender

cómo sucede esto. El lenguaje tiene sus normas y por lo tanto el inconsciente, que es un lenguaje, tendrá las suyas. Para Jakobson (la lingüística otra vez) **metáfora** y metonimia son las dos «directrices semánticas del discurso», mecanismos básicos que estructuran el lenguaje, en modo sincrónico y diacrónico. Lacan toma los dos conceptos y los relee teniendo en cuenta la óptica de Freud. En *La interpretación de los sueños*, hemos encontrado el *Desplazamiento* y la *Condensación*: ¿son o no son perfectamente superponibles a las estructuras del discurso consciente?

La metáfora, según el diccionario, es la utilización de un vocablo para expresar sinonímicamente otro y la **metonimia** es la utilización de un vocablo diferente del habitual, como un contenedor para el contenido. Así Lacan hace de la metáfora el desplazamiento, es decir, la transposición de una cosa por otra, y de la metonimia la condensación, es decir, la coagulación de más elementos en uno. La metáfora «elude» un significante, sustituyéndolo, y la metonimia «incluye» más significantes. Estamos frente a una oscilación simbólica entre

METONIMIA

Del latín tardío *metonymia*, que proviene del griego μετωνυμία, «cambio de nombre», compuesto de μετα «meta-», raíz que indica transformación, mutación pero también ir más allá, y ονομα, ονυμα «nombre». Es una figura retórica que consiste en expresar un concepto a través de una palabra diferente a la propia pero ligada a la primera por pertenencia al mismo campo semántico o en una relación de dependencia. Por ejemplo, «me tomo un vaso» donde el contenedor sustituye en la frase al contenido, o sea, lo que se va a beber. Es este caso, Lacan lee la metonimia como superponible a la «condensación» de la actividad onírica.

ausencia y presencia, dos extremos entre los que «oscila» el inconsciente, a pesar de la inestabilidad de la relación entre significante y significado que se desliza y escapa de un extremo al otro. El signo busca su propio sentido y la palabra busca su propio reconocimiento.

¿Cómo puede entonces el terapeuta enfrentar la palabra vacía del paciente, la palabra que no es capaz de expresar su propia demanda de reconocimiento? Solo le queda la vía del síntoma: será él el que hable por nosotros, como un modo que tenemos para expresarnos cuando no podemos satisfacer la necesidad de reconocimiento. Y hablará con estos mecanismos de metáfora/desplazamiento y condensación/metonimia, es decir, los mecanismos simbólicos del inconsciente que el analista reconstruye.

DESEOS Y PALABRAS

La práctica psicoanalítica se ha definido, en la línea freudiana, como práctica de la palabra y respuesta al deseo de reconocimiento del sujeto por parte del otro. Dentro de la primacía del orden simbólico, mi deseo se dirige fuera de mi imagen, no tanto porque «fuera» están las claves que me permiten acceder al objeto de mi deseo, sino porque lo primero que quiero es mi reconocimiento. Soy un hombre porque hay quién me reconoce realmente como tal. Así es como la satisfacción se traslada al plano de lo simbólico, al plano del otro. Hemos superado una concesión del deseo de tipo fisiológico y mecánico («tengo el deseo de una «cosa», la obtengo, satisfago mi deseo»), siempre en este filón hegeliano reinterpretado por Kojève, para acceder a una relación en la que mi realización, mi satisfacción, pasa

por la esfera del otro en el que estoy inmerso constantemente. Mi deseo se convierte en «deseo del otro» porque en este marco me reconozco humano. La condición de la intersubjetividad se convierte en condición esencial y mediante esta condición obtengo la respuesta a mi demanda de reconocimiento.

La respuesta es entonces el punto fundamental. El deseo como deseo del otro busca una respuesta y la palabra de la práctica psicoanalítica, en cuanto palabra, busca una respuesta («no hay palabra sin respuesta»). El paciente que no puede expresarse se pierde en la cháchara de la palabra vacía y el analista, como hemos dicho, tiene que transformarla en palabra llena y, gracias a esta, reescribir correctamente la historia del paciente, restituyendo el sentido a aquel discurso cifrado, pero no del todo insensato. Gracias a ésta podremos llegar a la «realización psicoanalítica del sujeto» (Lacan, *Función y campo*). Lo que estamos a punto de hacer no es extirpar el síntoma, sino aprender a relacionarse con el síntoma. Si el sujeto está inaccesible a sí mismo, entendido como unidad primordial, pero está constantemente escindido (dividido en el sentido que es otro y que, como es otro, está fuera de nosotros), entonces necesita entender cómo resolver este enigma. No hay una condición «normal» que tenemos que reconquistar, hay una condición «patológica» que tenemos que gestionar. Los efectos negativos de la voluntad distorsionada de colmar la condición estructural de alienación, en la que estamos inmersos como sujetos, son las anulaciones y transcripciones erróneas en la página de nuestro inconsciente.

Cuando estaremos preparados para superar la ceguera de nuestra visión, cuando la palabra «llena» nos habrá devuelto la justa concienciación de nuestra subjetividad, entonces el trabajo del análisis estará acabado.

LACAN Y POE

El interés de Lacan por el arte, la poesía, la filosofía, la literatura (y sus relaciones con la práctica psicoanalítica lacaniana) emerge en un seminario del año 1956. Escrito el año anterior, por lo que parece entre la residencia veraniega en Guitrancourt y unas vacaciones en la Toscana (Italia), el texto (colocado como introducción en la recopilación de los *Escritos*) parte de un célebre relato de Edgar Allan Poe, publicado en 1845 en la revista *The Chamber's Journal*.

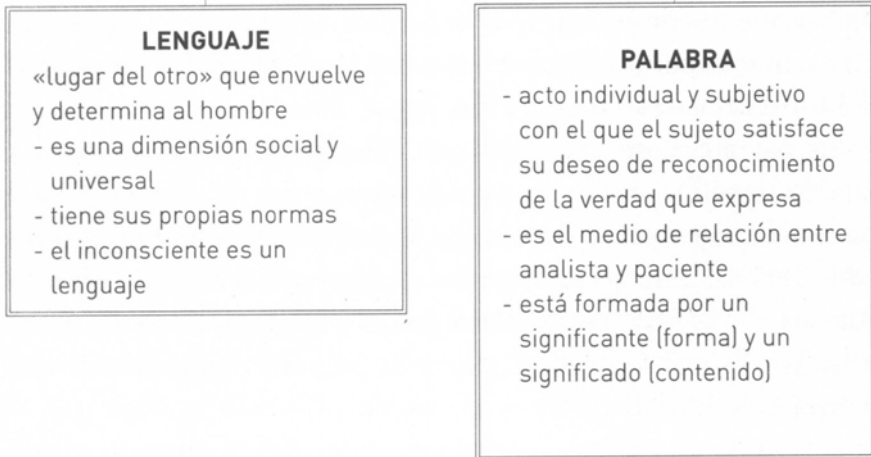
Los sucesos, que el lector no sigue directamente pero de los que es informado mediante una serie de relatos de los protagonistas, hacen referencia a una carta de misterioso contenido que el ministro francés D., sin ningún escrúpulo, roba a una noble mujer para hacerle chantaje. Los intentos por recuperarla, llevados a cabo por el jefe de policía, resultan infructuosos, así como los minuciosos registros en casa del ministro. Para resolver el misterio, interviene el famoso investigador Dupin: la carta robada no estaba escondida en misteriosos compartimentos secretos e inaccesibles, sino que estaba mimetizada a plena vista, entre otras cartas, en el alfeizar de la chimenea del estudio del ministro.

Lo que Lacan quiere destacar con este relato es el retorno constante de lo simbólico a la cadena de los significantes. No son los protagonistas del relato los que están sometidos a análisis, sino la carta, y lo que representa, lo que se convierte en protagonista del seminario. Los protagonistas actúan y se mueven alrededor de lo que esta carta representa y su comportamiento, lo que son, está determinado por la carta. El ministro se empeña en robarla por lo que su contenido puede revelar y se transforma en un ladrón; el prefecto se esfuerza en una búsqueda

exhaustiva, en calidad de hombre de ley y orden, para evitar los daños que puede provocar el contenido de la carta; Dupin sale a la palestra para recoger el desafío que la carta, como objeto del misterio y del deseo, ha lanzado.

La carta es como la metáfora del lenguaje que, en sus cadenas de significantes (y no significados, o sea de valor simbólico y no imaginario), determina los sujetos que se mueven en ella. Dupin, «sin tener ocasión de espiar al profesor Freud» (Lacan, *Escritos*), es capaz de desvelar el secreto, de descifrar el misterio. No en la profundidad y la oscuridad, sino alrededor de quien lo busca.

Lacan
proporciona su interpretación de:

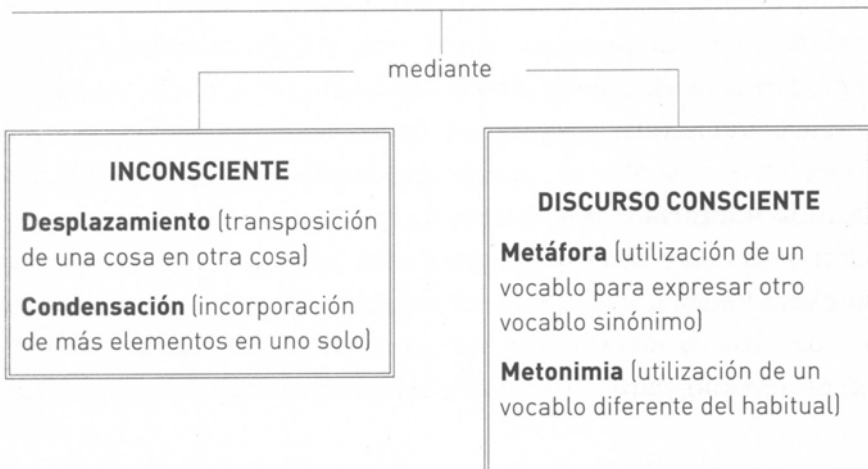


Paciente: su palabra es vacía, sofocada por las chacharas

Analista: tiene que transformar las palabras del paciente en llenas, tiene que reescribir correctamente la historia de la persona para dar sentido a un discurso cifrado (y no insensato) y enseñar al sujeto a interaccionar con su síntoma

LA PALABRA DEFINE LA PRÁCTICA PSICOANALÍTICA

porque cuando la palabra es vacía y no es capaz de expresar su demanda de reconocimiento, interviene el **SÍNTOMA** que «habla» en su lugar



EDIPO Y PADRES

FAMILIAS CULTURALES

En 1938, continuando las investigaciones sobre las psicosis iniciadas en su tesis doctoral, Lacan publica un artículo titulado *La famille* (La familia) para la *Encyclopédie française* (Enciclopedia francesa), por encargo de Henry Wallon. El largo texto, que sienta las bases de temas y reflexiones a los que Lacan volverá a menudo, será repudiado por su autor, que no lo incluirá en los *Escritos* y verá de nuevo la luz solo en 1984 con el título *Los complejos familiares en la formación del individuo*.

La primera observación significativa que el artículo presenta al lector se refiere al estatus de la *familia*. ¿Se puede hablar de familia «natural»? No, es la respuesta de Lacan. Su organización actual es el fruto de acuerdos y convenciones de carácter cultural y social, basta mirar las diferentes formaciones familiares de cada época, de cada sociedad. Como tal, puede ser objeto de estudio para los sociólogos (en el texto se cita a Émile

Durkheim, sociólogo francés), para los historiadores y para los demógrafos. ¿Y los psicólogos? Su observación puede realizarse solo si asumen el punto de vista de la relación entre el sujeto y el

FAMILIA

En la concepción lacaniana, la familia se entiende en una perspectiva cultural y social y no según una simplificación en el plano biológico y natural. Es un fenómeno que se desarrolla y se diversifica según la sociedad, sus costumbres y su época, de la que el psicoanálisis se puede ocupar en la óptica de un análisis de los factores culturales del sujeto (por lo tanto desde el punto de vista de lo simbólico). El complejo de Edipo será uno de los complejos derivados de las dinámicas familiares, por el modelo occidental moderno basado en las relaciones entre padre, madre y hermanos, relacionado, según Lacan, a los complejos de destete e intrusión.

contexto histórico, social y cultural en el que se encuentra. La estructura familiar que se ha afianzado en la tradición occidental es la compuesta por madre, padre y hermanos. Es el mundo en el que crece el niño: entre él y los miembros de su familia se desarrollan y entrelazan determinadas dinámicas que en el texto (y en el título) se definen como «complejos».

SEPARACIÓN Y CONTRASTES

A madre, hermanos y padre corresponden, por lo tanto, el complejo de des-

tete, el complejo de intrusión y el complejo de Edipo. El primero se refiere a la relación entre el hijo y la madre, mediante su relación primordial. El destete no solo indica la práctica del abandono del seno materno, sino —más en general— la separación entre los dos: es el trauma «originario». Desde el parto, el vínculo con la madre se rompe y el abandono del seno solo hace

que incrementar esta sensación. El cuerpo llega al mundo como cuerpo-en-fragmentos porque ha sido arrancado de la totalidad de la que formaba parte en el vientre materno. No es casualidad, según Lacan, que Thánatos, «el instinto de muerte» freudiano, nazca precisamente aquí. Este impulso al aniquilamiento no es otro que la voluntad de anularse, de perderse otra vez en su condición primordial.

El segundo complejo, el de intrusión, involucra la figura de los hermanos. No solo llega un nuevo miembro familiar a perturbar la relación entre el hijo y la madre, sino que es también una *imago* que se coloca delante del yo. Coincidimos con la fase del espejo. El yo formado por el sujeto de modo especular ahora tiene que contar con otra *imago*, la de alguien parecido con quien se puede identificar, obviamente con tensiones. Lacan recupera un ejemplo de San Agustín de Hipona. Imaginemos un niño que ve a su propio hermano enganchado al seno materno: al mismo tiempo querrá identificarse con él, resolviendo así (al menos en un plano imaginario) la separación de la madre, y también sufrirá, verde de envidia, por esta separación que vuelve a sentir viva y dolorosa. Esta es la fragilidad, la tendencia paranoica que atraviesa el plano de lo imaginario.

EDIPO VIEJO Y NUEVO

En este punto, Lacan hace «salir a la palestra» el complejo de Edipo. Pero no se trata del mismo Edipo freudiano, es otra cosa. En su formulación original (eco del mito griego que siempre había fascinado a Freud), todo giraba alrededor del deseo del hijo por su propia madre. Alrededor de los cuatro años, en la fase fálica, el niño —experimentando las primeras pulsiones

genitales— se siente atraído por su propia madre. Es aquí que interviene el padre con la amenaza de castración y el niño interioriza la prohibición y por lo tanto la figura del padre, dando así origen al propio superyó. La teoría freudiana resulta mucho más compleja cuando se aplica a las niñas y obliga a la recuperación de una hipotética «envidia del pene» (para compensar la imposibilidad de la amenaza de castración). Para Lacan esta diferencia de género da lugar a un mecanismo que no puede funcionar y que hay que resolver. Enlazando el complejo de Edipo con los otros dos complejos, y al releer la cuestión en el plano cultural, parece posible encontrar una solución eficaz al problema. El deseo del niño no es para el cuerpo de la madre, sino para lo que representa, por la voluntad de retorno a una unidad primordial, expresada por el complejo de destete y solo temporáneamente dormida por el de intrusión, que desvía la atención a la identificación especular.

En este punto, el deseo que surge será el mismo, para el niño y la niña, y la amenaza de castración que supone el padre se moverá al plano de lo simbólico («la castración es una transmisión claramente simbólica» Lacan, *Seminarios, Libro XXIII. El sinthome*) con la amenaza de una fragmentación posterior. Por lo tanto, ¿cuál es la resolución del complejo de Edipo en esta nueva formulación lacaniana? ¿Por qué identificarse con el padre no genera otra vez un riesgo paranoide, como en el caso del hermano?

Cuando el niño se identifica con la *imago* del padre, no tiene frente a él solo alguien parecido. No se trata de una identificación «individual». La prohibición que tiene interiorizada es una prohibición cultural de toda la sociedad a la que pertenecemos. Como tal, representando tal prohibición, el padre representa toda la sociedad. Es, entonces, la identificación simbólica con el

otro. Reflejándose en el padre, nos reflejamos en la codificación de toda una sociedad de la que somos miembros. La ley primordial encarnada en el padre es la que «superpone el reino de la cultura al reino de la naturaleza» (Lacan, *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis* en *Escritos*). Esta condición nos restituye una referencia estable que podemos encontrar constantemente en las personas a nuestro alrededor. Nos insiere en la estructura social que está codificada y organizada con estos vínculos culturales.

DOS MÁS UNO

La evolución del pensamiento lacaniano se refleja también en la elaboración de Edipo y sus funciones. Después de *Los complejos familiares*, el concepto continúa siendo desarrollado en la década de 1950 y ocupa un lugar fundamental en la economía de la producción lacaniana. Aparecen así los conceptos de «Nombre-del-Padre» y «metáfora paterna». El *Nom-du-père* nace de la homofonía del francés *nom*, nombre, con *non*, no, y Lacan lo utiliza a partir de un informe de 1953, *El mito individual del neurótico*. El ángulo de observación desde el que nos debemos mover para entender este cruce es el simbólico. Ya no se trata de una imagen, de una *imago* (justamente en este momento Lacan recupera el vocablo de memoria freudiana). Se trata de algo mucho más complejo que juega entre simbólico y significante y significado.

El triángulo de Edipo, para Freud, estaba compuesto por madre-hijo-padre. La reformulación lacaniana de Edipo introduce un cuarto elemento, creando un «trío más uno». El elemento nuevo, que Freud había olvidado y que Lacan añade, es el falo. Diferenciándolo del plano de lo real, del pene «físico»

como órgano genital, el plano en el que este elemento tiene un papel clave es siempre el simbólico, presentándose ante nosotros como significativo.

En la relación dual madre-hijo, basada en el intercambio afectivo, se introduce este nuevo tercer término que se presenta, antes que nada, como falto. El existir de la madre se presenta como falto, incompleto. Lo que le falta es justamente el falo. El niño se convierte, entonces, en este objeto, esta identificación que completa la madre, que cubre una falta, pensándolo bien, insalvable, y calma este sentido de incompleto, este deseo perennemente no satisfecho. El niño está inmerso en el «Deseo de la madre», en aquella atracción que está perennemente en la cuerda floja entre frustración y satisfacción, entre la ausencia y la presencia de la madre. Un deseo que es significativo de un significado que aún se le escapa: «la siento y no la siento, el mundo cambia con su llegada, y puede desaparecer. El problema es ¿cuál es el significado?, ¿qué quiere, esta? Me gustaría que me quisiera a mí, pero está claro que no solo me quiere a mí. Hay otras cosas que la afectan» dice Lacan, dejando hablar al niño (*Seminarios, Libro V. Las formaciones del inconsciente*). Lo que afecta a la madre, la incógnita que el niño no puede entender, esa «x» que se escapa, es justamente el falo, ese elemento (no físico, imaginario) que completaría la madre y el deseo del cual es repercutido en el niño.

LA INTRUSIÓN

Esta dinámica tiene que ser estabilizada para evitar que madre e hijo se pierdan en una «perversión primaria», donde el niño identifica la madre como el objeto exclusivo de su deseo, desea

también ser el deseo, y la madre identifica el niño como el objeto que la completará. El «Nombre-del-Padre» interviene aquí, aclara esta incógnita como «significación fálica» y permite una regularización de la situación. Lo que sucede es una separación, pero no tanto entre madre e hijo, sino más bien a nivel de la identificación entre el niño y el «falo imaginario» de la madre, el complemento a su ser incompleto. Es una «encrucijada estructural»: el «Nombre-del-Padre» sometería el niño al «servicio sexual» de la madre. En el momento en que el «Deseo de la Madre» es sustituido por el «Nombre-del-Padre», el niño toma conciencia de lo que es, es incluido en el significante del falo y solo entonces puede internalizar esta castración gracias a la que dejará de representar el objeto de la compleción y podrá regular su propio deseo. Gracias a la metáfora del padre que se encarna en un padre «real» que la pone en marcha, el sujeto hace suya la prohibición del incesto, hace suya la Ley, y, gracias a esta apropiación lícita, el deseo se regula y se dirige en un modo «lícito».

Después de haber deseado ser el deseo de la madre, una identificación narcisista con el falo de la madre (que en los *Complejos familiares* se convertía en la reabsorción primordial y totalizadora), el niño tiene que contar con la presencia del padre. Esta nueva figura llega a romper las relaciones vigentes: «¡Tú no puedes yacer con tu madre!», «¡Tú no puedes reabsorber el fruto de tu vientre!» Una verdadera intrusión que desencadena el mecanismo de castración. El niño vive todo esto como una prohibición, una frustración y una privación. El padre se presenta como el único titular del derecho de satisfacer el deseo de la madre, no tanto porque «es» el falo, sino porque «tiene» el falo. Frustra los deseos del niño y le impide renunciar a la identificación con el falo, y priva la madre de

este objeto de identificación. El niño tiene ante sí esta figura real que se convierte en el símbolo de lo que él no puede tener y no puede ser: el padre es titular de este poder, de esta ley, y la madre le reconoce este papel (según Lacan es un paso fundamental).

EL TERCER TIEMPO

Esta aceptación es el momento conclusivo (después de la identificación del niño con el deseo de la madre y la sucesiva intrusión del padre) del complejo de Edipo. El niño llega de una negociación con el padre y tiene que reconocerle esta simbolización de la Ley, ser una metáfora de lo que normaliza su propio deseo y, redirigiéndolo, la hace lícito. Cuando el padre «demuestra» que es el que posee el falo, y no solo el que puede privarlo a la madre, deja de ser visto como un rival. El niño tiene que reconocerlo como el único y legítimo poseedor de lo que la madre desea.

El complejo de Edipo se supera aquí y el deseo es legitimado y orientado correctamente. Ya no estamos ante una simple limitación de la pulsión del hijo hacia el progenitor de sexo opuesto, bajo el paraguas del tabú del incesto: estamos ante una verdadera tutela del deseo del sujeto, que se redirige a formas lícitas y no destructivas. Lo que el padre hace, es este momento conclusivo, es un verdadero regalo al hijo. ¿Pero qué le regala? Mediante el sentido del límite y por lo tanto del vacío que se genera, el padre empuja al hijo a buscar en modo lícito la satisfacción de su propio deseo. Lo que se ha perdido se puede encontrar otra vez, fuera del «campo prohibido» del núcleo familiar: «tu deseo puede encontrar satisfacción, no aquí pero sí en

otra parte». La misma ley es elevada de una condición trágica a una condición fructífera. El ser humano ha perdido su condición neutral, se ha convertido en el símbolo de algo diferente a sí mismo, se ha convertido en «significante» y ha probado un bocado del deseo. Pero este deseo ha sido mortificado. En la resolución del complejo de Edipo, se ha convertido en una pregunta que solo ha podido encontrar respuesta en el otro, en el deseo del otro, deseo del deseo del otro.

LA FAMILIA

no está formada
por un núcleo
biológico

sino que

**ES UN
FENÓMENO
SOCIAL Y
CULTURAL**

(fruto de acuerdos
y convenciones)

modelo «occidental» moderno:
MADRE – HERMANOS – PADRE

En el que se generan
TRES COMPLEJOS

(dinámicas entre los miembros de la familia):

DESTETE

separación (trauma originario)
entre hijo y madre

INTRUSIÓN

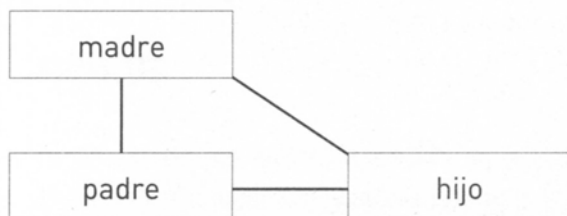
relación entre hermanos
(reflejo)

EDIPO

relación entre hijo
y padres

EL COMPLEJO DE EDIPO

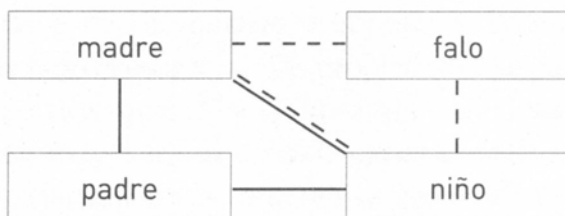
SEGÚN
FREUD



SEGÚN
LACAN

Sucede
en tres fases:

UNIÓN
PÉRDIDA
SUPERACIÓN



CINTAS Y ELIPSES

MÖBIUS

A partir de los seminarios IX y X (1961/62, *La identificación* y 1962/63, *La angustia*), Lacan recurre frecuentemente a una particular rama de la geometría, llamada topología. No solo arte, filosofía, literatura y lingüística, sino también el lenguaje científico puede ser útil para ilustrar composiciones y dinámicas del inconsciente. Consultando un diccionario, esta rama de las matemáticas se presenta como el estudio de las propiedades de particulares figuras geométricas que no cambian si son sometidas a deformaciones. A menudo es definida como la «geometría de los folios de goma». Imaginamos dibujar una figura geométrica en un folio de este material: lo alargamos, estiramos, plegamos, torcemos y nuestra figura se deformará, parecerá convertirse en otra cosa, manteniendo siempre intactas determinadas características. Conformémonos con esta definición, sin pretender la exhaustividad de un tratado científico.

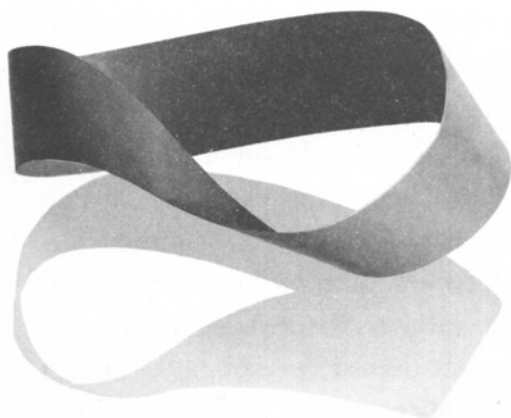
La utilización de la topología (la etimología de la cual, entre otras, nos lleva a «estudio de los lugares» del griego τόπος, τόπος, «lugar», y λόγος, λόγος, «estudio») a efectos de la reflexión psicoanalítica sirve a Lacan para ejemplificar mejor las características del inconsciente. Si volvemos por un momento a la contribución de la lingüística, el significante y el significado eran interpretables como una cara y otra del mismo folio. Observando mejor esta definición, notamos como los dos lados del folio, las dos «caras», son diferentes entre ellas y —en cierto modo— interrumpidas, separadas. Hay un borde muy preciso que las delimita, no hay continuidad entre ellas.

Recurrir a la topología permite a Lacan dar un valor adicional a la idea del inconsciente estructurado como un lenguaje y a la relación entre significante y significado, entre las dos caras de un mismo folio. Tomemos este folio: si quisiéramos trazar una línea que fuera de un lado al otro, tendríamos que inte-

rrumpirnos, separar la línea, girar el folio. Pero probemos a agarrar los dos lados cortos y a aplicar en uno de ellos un ligero giro de 180° , medio giro, y después unámoslo al otro lado. Tendremos entre manos una extraña figura geométrica, la llamada **cinta de Möbius**.

Este raro anillo ha sido ideado por el matemático y astrónomo

La cinta de Möbius



alemán August Ferdinand Möbius, profesor universitario en Leipzig durante la primera mitad del siglo XIX. Aunque simplifiquemos y pasemos por alto las extraordinarias aplicaciones geométricas de esta figura, observémosla con atención. No hay dos lados, dos caras, sino una sola y apoyando un lápiz podemos trazar una recta que la recorra entera, sin necesidad de romperla, pasando por el borde. No hay delante o detrás, dentro o fuera. Lacan afirma que una figura hecha de este modo puede explicar perfectamente el funcionamiento del inconsciente.

En *El psicoanálisis y su enseñanza* (1957), lo había definido como «no profundo, sino más bien inaccesible a la profundización consciente» (Lacan, *Escritos*). No es un problema de inaccesibilidad, sino de leer correctamente algo que constantemente parece esconderse, escapar, cambiar. La cinta de Möbius puede ayudar a explicar esta relación escurridiza entre significante y significado,

CINTA DE MÖBIUS

En geometría, definimos topología como el estudio de las propiedades de determinadas figuras que se mantienen aunque las deformemos y las sometamos a torsión, distorsión, compresión, como si estuvieran dibujadas en un «folio de goma». La cinta de Möbius (el nombre de su inventor) es la más célebre de estas figuras especiales. Tomemos uno de los lados de un rectángulo, imprimamos una media torsión a 180° y juntémoslo con el otro lado corto. Tendremos una especie de anillo parcialmente invertido. Si pasamos por encima con un bolígrafo, podemos recorrerlo entero sin interrupción para pasar de un lado al otro, no hay arriba y abajo, dentro ni fuera. Para Lacan, consciente e inconsciente son como la cinta de Möbius: solo aparentemente son las dos caras del mismo folio, son la misma cosa que se enlaza y sobrepone.

no tanto como la dicotomía entre dos lados completamente distintos, por ser caras de la misma cosa, sino más bien un intercambio, un enlace, una superposición. El inconsciente y el consciente no son dos cosas distintas de manera clara y contrapuesta, no son la parte visible del iceberg y la parte sumergida (como había imaginado la primera tópica freudiana).

Aunque pueda ser largo y tortuoso, el recorrido por la cinta de Möbius nos permite pasar de un lado al otro sin interrupciones, unir los dos lados que solo aparentemente parecen distintos. El grabador holandés Maurits Cornelis Escher, en su obra *Cinta de Möbius II* (1963), diseña una cinta en la que algunas hormigas están caminando. Lacan, en el seminario X, se entretiene a observar estas hormigas. Una de ellas podría pensar que hay un lado que aún está por explorar, opuesto al lado donde está caminando. En realidad, la hormiga está recorriendo el único lado, aunque, a cada momento, parece existir también el lado inverso. Pensemos en los lapsus: ¿son o no son como la hormiga de Escher? Pertenecen al inconsciente, pero emergen en el consciente sin ningún obstáculo.

LOS ESTILOS DEL ESTILO

En una carta del 4 de diciembre de 1962, Martin Heidegger comentaba los *Escritos* de Lacan, de los que había recibido una copia, con el psiquiatra alemán Medard Boss. La opinión era poco generosa: el texto se definía como «barroco», dando al término una clara acepción negativa, y pocos meses después aumentaba la crítica definiendo a Lacan como un psiquiatra que necesita un psiquiatra. Si pensamos en el comportamiento de Lacan frente a Heidegger, que rayaba la veneración, parece

un resumen injustamente despiadado. Lo que más sorprende es la elección lexical de Heidegger. Tener una sustancial incomprendibilidad de fondo, un estilo rebuscado y pesado, «barroco» como lo define el filósofo alemán, es una acusación más que frecuente cuando se habla de Lacan. ¿Pero es así realmente? ¿Hasta qué punto?

Lo que es cierto, es que estamos frente a un estilo único. Según muchos testimonios, Lacan declaraba a menudo que no quería ser entendido. No se trata de un capricho, de la enésima ocurrencia de un personaje que a primera vista parece excéntrico, con sus cigarros, la pose «plástica» que toma en las exposiciones orales, que podemos observar en algunas fotos, sino de algo más profundo. El objeto, el contenido del discurso psicoanalítico es el material escurridizo y variable, contingente e inmediato de nuestra individualidad y así será, entonces, el discurso: contingente, inmediato, variable y enigmático. El psicoanalista no puede definirse como maestro de verdad, depositario de certezas definitivas e inalterables. No puede proceder en modo lineal, marchar hacia su objetivo. Tiene que seguir los recorridos tortuosos de lo que indaga, tiene que caminar «dentro» y «fuera» del único lado de la cinta de Möbius.

En el texto de 1966, *La ciencia y la verdad*, Lacan se centra en el estatus de la ciencia. Recuperando un discurso que pasa por Alexandre Koyré y Karl Popper, la relación entre ciencia y verdad se entiende como una carrera que nunca puede acabar. El saber científico tiene que ser falsificable, no puede convertirse en la exposición inatacable de una verdad. Esta última puede ser el resorte que mueve el discurso científico, pero no puede ser su objetivo. ¿Somos o no algo similar a la relación significante-significado del discurso psicoanalítico? Lo que cambia es el objeto de nuestro discurso, el conocimiento científico por un

lado y el inconsciente psicoanalítico por otro. Y este objeto oscuro, patológico, no se presenta frente a nosotros de modo inmediatamente claro y comprensible. Para dejar que este objeto se pueda agarrar, tenemos que fijarnos en el contexto, lo que lo rodea, lo que lo caracteriza y que parece desorientarnos. Tenemos que prepararnos para encontrar imprevistos. En uno de sus juegos de palabras, Lacan define sus propios *Escritos* como una *pouvellication*: es la unión de *poubelle*, basura, y *publication*, publicación. No hay solo sarcasmo ingenioso hacia quien ha criticado sus obras, hay también una indicación preciosa. ¿Qué son lapsus, actos fallidos, chistes sino pequeñas desviaciones aparentemente insignificantes del inconsciente que salen a la superficie y desorientan al que observa? Tras su aparente superficialidad o incomprensibilidad se abre todo un mundo.

Justamente esto es lo que hace el estilo de Lacan. Sus textos son un recorrido a veces accidentado, elusivo, elíptico. Un laberinto en el que el sentido parece esconderse en las esquinas y curvas. Así como un montón de significantes que ocultan el significado y cubren el sentido, así actúa Lacan. «Mis escritos, no los he escrito para que fueran entendidos, los he escrito para que fueran leídos, que no es para nada lo mismo» (Lacan, *El triunfo de la religión*). Puede que, justamente aquí, podamos comprender la afirmación de Foucault que presenta la lectura de los textos lacanianos como un trabajo individual que el lector cumple para sí mismo.

LA PRÁCTICA

SESIONES BREVES

Cuestiones de método y no cuestiones de contenido son las que provocan los enfrentamientos por los que se divide la SPP (Sociedad Psicoanalítica de París) cuando Lacan y otros socios se separan para fundar la SFP (Sociedad Francesa de Psicoanálisis). Las indicaciones previstas por la IPA, de la que forma parte la SPP, obligan a sus miembros a metodologías de trabajo precisas, que conectan las diferentes sociedades nacionales: la terapia psicoanalítica, por ejemplo, tiene que tener una duración de cuatro años, dividida en cuatro (o cinco) sesiones semanales de cincuenta minutos cada una. Lacan pronto se muestra en desacuerdo con estas normas. La idea de una duración variable de la sesión, a escoger por quién conduzca la terapia, representa para él un cambio de posiciones. No es el paciente que llena el tiempo con sus palabras, es el analista que «marca el ritmo». Esto tiene una inmediata repercusión en el plano práctico y

material: mayor número de pacientes y alumnos cada día, comparado con los colegas que siguen las normas de la IPA, cosa que lo sitúa en una posición de mayor prestigio y ventaja.

La hostilidad a los vínculos impuestos desde arriba surge probablemente de su experiencia personal que lo había dejado extremadamente desilusionado por el análisis personal conducido hasta 1938 con Loewenstein (que correspondía con la misma hostilidad). La consideración que tiene de sí mismo le hace vivir todos estos vínculos como pesadas cadenas a sus ambiciones. El tema de la duración de las sesiones es un tema que trata a menudo ante otros miembros de la SPP, antes de llegar a la ruptura. La arbitrariedad del terapeuta en la duración de las sesiones tendría, antes que nada, la ventaja «clínica» de estimular, de desafiar al paciente, rompiendo el discurso en palabras significativas con claras ventajas.

La afirmación lacaniana acerca del abandono de las sesiones breves, a mitades de la década de 1950 (y la no publicación de los textos, aún inéditos, sobre la duración variable) es, en realidad, un *escamotage* para agilizar el reconocimiento de la SFP por parte de la IPA. En la práctica, Lacan continua conduciendo sesiones que duran —de media— veinte minutos. Contemporáneamente, con el acercamiento al estructuralismo lingüístico, empieza a delinear concretamente su propia idea de psicoanálisis de teoría de la terapia.

SÍNTOMAS Y PLACER

En *La instancia de la letra en el inconsciente*, Lacan se centra —con una pregunta retórica— en la relación entre paciente y analista. El primero se pregunta quién es ese otro al que se siente más

«unido» que a él mismo, ese otro que lo mueve hasta las partes más profundas de su identidad. ¿Quién es esa persona a la que se dirige para encontrarse a sí mismo y que le parece más «familiar» que él mismo? Si la finalidad es restituir al paciente «su» verdad, ¿cómo puede el terapeuta leer e interpretar lo que parece oscuro y cifrado? ¿Cómo puede transformar la palabra vacía en una palabra llena?

Todo parte del *síntoma*. El inconsciente se expresa, como ya hemos dicho, mediante lapsus, chistes y actos fallidos. Pero a veces hay algo que se repite, que se representa: el síntoma. Aparece ante el sujeto y se dirige a él, pero el sujeto parece no entender lo que le está diciendo. Se esfuerza, lo intenta, y aún así este discurso permanece inaccesible y provoca malestar, molestias y dificultades. A pesar de sus esfuerzos, el corazón de este

SÍNTOMA

Del griego σύμπτωμα «acontecimiento fortuito, accidente», derivado de συμπίπτω «suceder, ocurrir», compuesto de σύν «con, junto» y ni πίπτω «caer». En el lenguaje médico, es la «señal» más elemental de una condición de enfermedad. Se pueden dividir entre los objetivos, es decir, los síntomas que también pueden ser observados por un observador externo, por ejemplo el médico, y subjetivos, los que solo observa el sujeto. En este sentido, el síntoma analítico se presenta como «subjetivo»: es el sujeto que en primera persona vive este extraño acontecimiento como algo que lo bloquea, que le causa una situación de dificultad y sufrimiento. Según Freud, el síntoma nace cuando se crea una tensión entre un deseo, entre una pulsión considerada no lícita, y los mecanismos de defensa que activa el yo para contenerlo. Según Lacan, el síntoma habla y el sujeto intenta interpretarlo en vano. El núcleo de este discurso del inconsciente aparece oscuro e insondable. Es aquí que encuentra espacio la demanda al analista de transformar estas chacharas insensatas en una «palabra llena» y auténtica.

«diálogo» sigue encerrado. «¿Por qué?» se pregunta el paciente. «¿Qué se esconde tras este evento que se repite pero del que no puedo entender el sentido? ¿Qué quiere decir?». Como más oscuro permanece, más parece atraernos este discurso inaccesible y doloroso con una promesa de satisfacción. Lacan identifica este pasaje con el término francés *jouissance*, placer, con connotaciones negativas, con una satisfacción que escapa al poder de la palabra (a diferencia del deseo que —al ser deseo del otro— encuentra su propia satisfacción en el campo de lo simbólico).

¿Cómo «neutralizar» este síntoma? Considerándolo como el «significante de un significado eliminado», es posible tomar el camino correcto hacia la solución. A fin de cuentas, es el camino que ya ha indicado Freud. Antes que el padre del psicoanálisis nos indicara el camino, el inconsciente y todo lo que está conectado a él, aparecía como algo inaccesible, intraducible. Durante la campaña militar de Napoleón Bonaparte en Egipto, el célebre arqueólogo Jean François Champollion, con el descubrimiento de la piedra de Rosetta, pudo traducir y explicar el significado de los jeroglíficos, desconocido e inaccesible hasta ese momento. Claro que significaban algo, pero ¿qué? Según Lacan, Freud ha hecho lo mismo: nos ha proporcionado, con sus investigaciones, la «piedra de Rosetta» del inconsciente y nos ha enseñado a entender su lenguaje. Aquí, entonces, tiene que empezar el camino de la terapia psicoanalítica.

ALMA BELLA

Lacan, clínico antes que teórico, no nos ha dejado textos técnicos sobre la práctica. Lo que surge de sus *Escritos* y sus *Seminarios* gira alrededor de los problemas y las dinámicas ya señaladas,

aunque no utilice nunca el concepto de *setting*, es decir, el total de normas organizativas y relacionales que orientan la relación terapeuta-paciente.

Cuando el paciente decide dirigirse al analista, ¿qué sucede? Acomodado en el famoso diván, en una recíproca sustracción de su propia imagen (de modo que se concentre en la palabra y no en la identificación especular), es hora que el psicoanalista interprete, en las palabras del paciente, el inconsciente y sus manifestaciones. Un diálogo, ciertamente, pero también una lectura. Justamente la eliminación de un obstáculo «visual» puede favorecer el libre fluir del discurso del paciente, sin la preocupación de vínculos formales. El sujeto cree que habla y, en cambio, es «hablado» por el inconsciente. Hay, pero, una operación fundamental que cumplir, para que el discurso del paciente «no se limite a ser una emisión de bellas palabras», como han señalado Antonio Di Ciaccia y Massimo Recalcati (Di Ciaccia, Recalcati, *Jacques Lacan*). El paciente tiene que entender que el síntoma del que se está hablando le pertenece, no es algo diverso y extraño a él. Lacan se refiere de nuevo a Hegel, para aclarar este pasaje. En la *Fenomenología del espíritu*, el filósofo alemán saca a escena la figura del «alma bella». Se trata del sujeto que escapa frente al mundo y el destino, atrapado en un carácter contemplativo que le impide pasar del pensamiento al ser. El alma bella habla, pero no actúa. El psicoanalista tiene que demostrar necesariamente al paciente esta condición, dándole así la concienciación necesaria para superarla.

CORTAR

El camino que se recorre en el análisis tiene que concentrarse en la descubierta de un significado. Exactamente el contrario

de lo que hace el inconsciente que genera una cadena infinita de significantes. Tenemos que descifrar lo que causa el síntoma, llegar hasta el fondo, excavar bajo esa línea. Si somos capaces de cumplir esta operación, el síntoma puede desvelar su propio contenido. Se convierte en significativa la idea lacaniana de la sesión breve, interrumpida provocativamente en modo brusco para obligar al paciente a sacar la palabra que está buscando. El «corte» limpio, no la plácida puntuación al final de la frase. Es como una laceración, una grieta en ese entramado de significantes que deja al descubierto lo que está debajo. Si la sesión psicoanalítica se «rompe» en el momento crucial, el paciente tiene que enfrentarse a lo que ha surgido, sin tener la posibilidad de esconderlo otra vez con más chácharas, con más palabras vacías. Este es el sentido de la sesión breve, no vinculada a cronometrajes impuestos desde el exterior, sino adaptable a las concretas necesidades del paciente y del trabajo que está llevando a cabo. Lacan parece rechazar cualquier hipótesis de «estandarización» de la terapia.

En este punto de vista también entra la compensación del analista. No solo se trata de una retribución y de una fuente de subsistencia. La entrega de la suma pactada (en este caso no fijada por un «tarifario estándar») tiene el valor de matar lo simbólico: el paciente tiene que entender que no va al terapeuta como si fuera huésped de un viejo amigo preparado para dar consuelo y consejos, deformando desde el principio las características de esta relación. Y le pagará la sesión en base a sus posibilidades, como una diversificación de sujeto a sujeto, pero sufriendo al mismo tiempo una pérdida que no puede ser despreciable ni despreciada, entrando así en una transformación que empieza. Yo renuncio a cualquier cosa para obtener otra cosa, yo cumplo un gesto que me cuesta esfuerzo (estoy obligado a renunciar a mi

dinero, si quiero hacer la sesión), pero que me lleva a algo.

SUPOSICIONES, DESEOS, CONCLUSIONES

La cuestión del pago, entendido también como el hecho de evitar «releer» la relación paciente-terapeuta en modo deformado, se relaciona con el problema de la *transferencia*. El paciente, como ha señalado Freud, acaba por trasladar su atención del parásito del síntoma que lo perseguía a la persona de su analista. Es un paso fundamental que Lacan vuelve a explicar recurriendo a Hegel. Siempre en la *Fenomenología*, una de las páginas más conocidas es la de «dialéctica amo-esclavo». Cuando un sujeto, una autoconciencia lo llama Hegel, encuentra a otro, empieza un enfrentamiento, que puede llegar a ser violento, para afirmar su propia

TRANSFERENCIA

El concepto (en alemán, *Übertragung*) fue introducido por primera vez por Freud a finales del siglo XIX. El psicoanálisis considera la transferencia como la transposición inconsciente, durante el análisis y en el analista, de sentimientos que el paciente ha experimentado en el pasado con respecto a personas significativas para él. Entendiéndolo así, representaría, según Freud, un punto de vista privilegiado para entender las dinámicas infantiles del sujeto que se analiza, y así poder reconstruir lo que sucedió en el pasado. Después de Freud, el concepto se ha ido interpretando de diferente modo, sea por lo que se refiere a su dimensión individual o colectiva (entendida como el reflejo de dinámicas que van más allá del individuo, así es según Carl Gustav Jung), sea por lo que se refiere a su impacto en el análisis. Lacan relaciona la transferencia a la dialéctica entre analista y paciente en el trabajo psicoanalítico, recuperando también conceptos de la filosofía hegeliana.

CONTRATRANSFERENCIA

Es el proceso especular al de la transferencia. Estamos ante procesos que el analista pone en marcha frente al paciente. Según Freud, este fenómeno (en alemán *Gegenübertragung*) es una reacción hacia lo analizado, atribuible a conflictos inconscientes no resueltos por el terapeuta, que podría obstaculizar el trabajo de los análisis. Es otra vez Jung, como en la transferencia, que expande la perspectiva fuera del dualismo terapeuta-paciente. Durante el siglo xx, el concepto se ha revisado, repensado y reformulado, insiriéndolo en una dinámica más general, considerada del todo razonable, de sentimientos, sean positivos o negativos, que puedan existir entre los dos protagonistas de la terapia psicoanalítica. Lacan se acerca a la concepción freudiana, considerando la contratransferencia algo delicado y arriesgado, que podría comprometer el trabajo analítico. El analista no tendría que aceptar el papel de «sujeto supuesto saber» con el que el paciente lo identifica, sumiéndose en la ilusión de ser el depositario de lo que se está buscando. Efectivamente no es el terapeuta quien lo posee, sino el mismo paciente.

individualidad. En este enfrentamiento, uno de los dos decidirá someterse, sucumbir al otro, renunciando a su propia independencia para salvar la vida. Significa ponerse en una condición de inferioridad, yo me someto a otro para obtener lo que creo que necesito, le reconozco una superioridad.

El paciente se somete al analista para obtener las respuestas que busca. La demanda del sujeto de interpretar ese síntoma que lo molesta se dirige a la persona considerada depositaria de la verdad buscada. Según Lacan, el concepto de «sujeto supuesto saber». ¿De qué se trata? El significado de mi síntoma es un enigma. Yo no puedo entenderlo. Si pudiese, si lo descifrara, podría resolverlo yo mismo. Pero su yo no soy capaz, ¿quién puede hacerlo? Lo que se me escapa, lo

«transfiero» al analista, dando por descontado que él lo sabrá, que él poseerá lo que estoy buscando. La transferencia, en este punto, se mueve al plano simbólico y se convierte en pregunta. La posición que el analista tiene que tener, ligándose al concepto de *contratransferencia*, se identifica con el concepto de «deseo del analista», que podemos definir como el deseo de ser el que lleva al paciente a la victoria frente a sus propios «fantasmas».

En este sentido, Lacan se mantiene en la línea freudiana que considera la contratransferencia un obstáculo. No puede haber un intercambio simétrico entre las dos personas presentes en la estancia. Analizador y analizado se mueven en dos planos muy distintos. El instrumento del terapeuta en este caso no puede ser el silencio. Responder a quien pone en él sus esperanzas, querría decir volver al juego de lo especular y lo imaginario, traicionando el plano de lo simbólico. El psicoanalista no es el guardia de la respuesta: es uno de tantos significantes de esa cadena que estamos recorriendo para resolver el misterio del síntoma. El que tiene que hablar, en la terapia, es el paciente. Por eso la contratransferencia es negativa. Tenemos que ocuparnos de su inconsciente, de la singularidad que solicita en otro sin caer en la enésima rotura de la imagen especular.

Al final del camino analítico (punto que no se resuelve de modo unívoco en la producción lacaniana), el paciente habrá acabado con su «travesía» y echado sus «fantasmas». Y habrá encontrado el saber que busca, habrá roto el velo que le ofusca la vista, habrá cumplido el trabajo en sí mismo, que le permite entender finalmente qué se escondía tras la lengua desconocida «hablada» del síntoma del que era el hazmerreír, recuperando la capacidad de cultivar un deseo maduro y no destructivo.



LECTURAS RECOMENDADAS

De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad (1932)

La tesis doctoral de Lacan gira alrededor del «caso Aimée», el primer (y único) caso clínico que presenta. La agresión contra una célebre actriz teatral francesa se convierte en la ocasión para empezar una profunda reflexión sobre la paranoia y el papel de la historia personal de los pacientes en la construcción de su personalidad y en la aparición de trastornos mentales, en polémica con las concepciones organicistas o hereditarias. Entre la concepción freudiana y las ideas surgidas del surrealismo, esta obra representa el punto de partida para la descubierta del pensamiento lacaniano.

El estadio del espejo como formador de la función del yo (1936-1949)

Lacan nunca entregó el texto oficial de su intervención en el Congreso de Marienbad en 1936, después de la brusca inte-

rupción de Jones. El texto se recupera en esta intervención de 1949, en el XVI Congreso psicoanalítico de Zúrich, y posteriormente se incluye en los *Escritos*. Lacan parte del narcisismo freudiano y se centra en esa fase del desarrollo infantil en el que se forma el yo. Ante un espejo, el niño, entre 6 y 18 meses, puede verse a sí mismo en modo nuevo y diferente al que su real desarrollo físico le permite. En esta identificación ideal con su propio doble especular, se forma el yo. No es ya un sujeto, sino, rompiendo con una arraigada tendencia de la filosofía occidental, objeto.

Los complejos familiares en la formación del individuo (1938)

En el breve texto redactado en 1936 para el término «Familia» de la *Encyclopédie française*, Lacan parte del estadio del espejo – el conflicto entre el yo y su doble idealizado – y reflexiona sobre la naturaleza de los vínculos familiares. La familia humana es una institución social y cultural, no es algo limitado al factor «biológico». El psicoanálisis puede hacerla el objeto de sus investigaciones, cuando la interprete como un conjunto de relaciones y factores culturales que intervienen en la educación, en la represión de los instintos, en la gestión de las emociones, en la transmisión de valores y normas y en la formación del individuo también en relación con otras generaciones. Los complejos que se desarrollan en su interior (y no solo el complejo de Edipo) contribuirán a una buena organización del desarrollo psíquico.

Los escritos técnicos de Freud (1953)

El primero de la larga serie de *Seminarios* puede ser considerado como un manifiesto de la enseñanza lacaniana. El inicio no

puede ser otro que Freud. El «retorno a los orígenes» deseado por Lacan relativo a una atención especial a la práctica clínica, toma forma a partir de la superación y aclaración de una serie de malentendidos desarrollados alrededor de la enseñanza freudiana, especialmente a propósito de la técnica analítica. Recuperando temas ya surgidos en la conferencia de 1953 *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, especialmente en lo que se refiere a la conexión entre lo imaginario y lo simbólico, Lacan se pregunta sobre la condición de la terapia y el intercambio y sobre el diálogo entre psicoanalista y paciente.

El seminario sobre «La carta robada» (1956)

Los múltiples intereses de Lacan, psicoanálisis, filosofía, arte y literatura, se ven claramente en este seminario. Dedicado al famoso relato de Edgar Allan Poe, «La carta robada» de 1845, y colocado como obertura de los *Escritos*, el texto aclara con maestría la concepción de un inconsciente estructurado como lenguaje y la inserción del sujeto en la cadena de significantes. No hablamos nosotros, sino el inconsciente, que deja de ser simplemente un cofre escondido y lleno de todo lo que hemos eliminado y nos ofrece, con mecanismos similares a las normas del lenguaje, sus contenidos para que los interpretemos.

Kant con Sade (1963)

Es seguramente uno de los textos menos «fáciles» de Lacan, uno de los más oscuros. Pero su lectura podría dar, al lector que quiera enfrentarla, la idea más auténtica del pensamiento lacaniano. Relacionando los dos filósofos del siglo XVIII, el texto quiere descubrir las leyes que determinan la relación entre el

sujeto y su deseo. Por un lado, el imperativo de Sade hacia la satisfacción de los deseos, por el otro, el imperativo de Kant hacia la obediencia a la ley moral. Dos vínculos que conducen a la misma trágica conclusión: la disolución, bajo el peso de una ley imposible de respetar siempre o entre los vórtices de un deseo que consume la voluntad del hombre. ¿Existe una solución a este drama?

BIBLIOGRAFÍA

TEXTOS DE JACQUES LACAN

Las principales obras de Lacan se pueden dividir entre *Seminarios* y *Escritos*, que contienen los textos de las numerosas intervenciones e informes en congresos, aparecidos posteriormente en otros volúmenes y revistas.

Una lista más detallada está disponible en el apéndice en la biografía de Élisabeth Roudinesco que indicamos más adelante.

La publicación de los *Seminarios* aún está en curso. Es posible destacar algunos, entre los más importantes:

- *Seminario. Libro I: Los escritos técnicos de Freud 1953-1954*, (traducción de Rithee Cevasco y Vicente Mira Pascual), Paidós Ibérica, Barcelona 1981.
- *Seminario. Libro II: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Paidós Ibérica, Barcelona 1983.
- *Seminario. Libro III: Las psicosis 1955-1956*, Paidós Ibérica, Barcelona 1984.
- *Seminario. Libro V: La formación del inconsciente 1957-1958*, (traducción de Enric Berenguer), Paidós Ibérica, Barcelona 1999.
- *Seminario. Libro VII: La ética del psicoanálisis 1959-1960*, Paidós Ibérica, Buenos Aires 1999.
- *Seminario. Libro VIII: La transferencia 1960-1961*, Paidós Ibérica, Barcelona 2003.

- *Seminario. Libro X: La angustia 1962-1963*, Paidós Ibérica, Barcelona 2006.
- *Seminario. Libro XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis 1964*, (traducción de Juan Luis Delmont-Mauri y Julieta Sucre), Paidós Ibérica, Barcelona 1987.
- *Seminario. Libro XX: Aún 1972-1973*, Paidós Ibérica, Barcelona 1995.

Los *Escritos*, publicados en francés por primera vez en 1966, con Lacan en vida, han sido traducidos y publicados en español y posteriormente acompañados por un segundo volumen que recoge las obras publicadas después del primer volumen:

- *Escritos I y II*, (traducción de Tomás Segovia), Biblioteca Nueva, Madrid 2013.
- *Otros Escritos*, Paidós Ibérica, Barcelona 2012.

También podemos añadir:

- *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, (traducción de Tomás Segovia), Siglo XXI, México 2012.
- *Los complejos familiares en la formación del individuo*, en el capítulo II de *Otros Escritos*, Paidós Ibérica, Barcelona 2012.
- *De los nombres del padre*, Paidós Ibérica, Barcelona 2005.
- *El triunfo de la religión; precedido de discurso a los católicos*, Paidós Ibérica, Barcelona 2005.

TEXTOS SOBRE JACQUES LACAN

Sybille Lacan, *Un padre*, Ediciones de La Flor.

Élisabeth Roudinesco, *Lacan: Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, S. L. Fondo de Cultura Económica de España, Argentina 2012.

Fabrizio Palombi, *Jacques Lacan*, Carocci, Roma 2009.

Davide Tarizzo, *Introduzione a Lacan*, Laterza, Roma-Bari 2003.

Antonio Di Ciaccia, Massimo Recalcati, *Jacques Lacan*, Bruno Mondadori, Milano 2000.

Emiliano Bazzanella, *Lacan: immaginario, simbolico, reale in tre lezioni*, Asterios, Trieste 2011.

Massimo Recalcati, *Jacques Lacan, Volume I. Desiderio, godimento e soggettivazione*, Raffaello Cortina Editore, Milano 2012.

Massimo Recalcati, *Jacques Lacan, Volume II. La clinica psicoanalitica: struttura e soggetto*, Raffaello Cortina Editore, Milano 2016.

Stefano Monetti, *Jacques Lacan e la filosofia*, Mimesis, Milano 2008.

Judith Butler, *El grito de Antígona*, (traducción de Esther Oliver), El Roure, Esplugues de Llobregat 2001.

Giacomo B. Contri (a cura di), *Lacan in Italia*, La Salamandra, Milano 1978.

Bruno Moroncini, *Sull'amore. Jacques Lacan e il Simposio di Platone*, Cronopio, Napoli 2005.

CONTEXTO HISTÓRICO

Maurice Agulhon, *La République de Jules Ferry à François Mitterrand 1880-1995*, París, Hachette 1995.

Jean François Sirinelli, Robert Vandenbussche, Jean Vavasseur-Desperriers, *Storia della Francia nel Novecento*, Il Mulino, Bologna 2003.

Erich Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, (traducción de Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells), Editorial Crítica, Barcelona, 1997.

COMITÉ CIENTÍFICO INTERNACIONAL

ANNA GIARDINI

Psicóloga y psicoterapeuta de orientación cognitiva, socia de la Sociedad Italiana de Terapia Cognitivo-Conductual (SITCC), desde 1997 trabaja en el Servicio de Psicología del Instituto Científico de Montescano - Fundación S. Maugeri IRCCS. Desarrolla su actividad clínica en Pavía, en cuya universidad es profesora adjunta. Ha impartido conferencias sobre psicología de la salud y tanatología en algunas escuelas de psicoterapia de orientación cognitiva. Es autora de numerosas publicaciones sobre psicología de la salud de ámbito nacional e internacional.

ILARIA BAIARDINI

Psicóloga y psicoterapeuta de orientación cognitiva, es socia ordinaria de la SITCC. Doctorada por la Universidad de Turín, desarrolla su actividad clínica en Alejandría y colabora con la Universidad de Génova en diversos proyectos de investigación y divulgación científicas. Es autora de numerosas publicaciones sobre psicología de la salud de ámbito nacional e internacional.

BARBARA CACCIOLA

Psicóloga y psicoterapeuta cognitivo-constructivista, es socia correspondiente de la SITCC. Desarrolla su actividad clínica con adultos, niños y adolescentes en Pavía, Lodi y Piacenza (y, más en concreto, en los centros de Associazione Omega, Psicologia Lodi-

giana y Psychoarea, respectivamente). Se ocupa de las intervenciones de diagnóstico y rehabilitación de trastornos específicos del aprendizaje (TEA) y forma parte del Circle of Security Parenting (COS-P), un programa de intervención en apoyo de los padres.

MARINA MAFFONI

Licenciada *summa cum laude* en psicología por la Universidad de Pavía en 2015, vive entre esta ciudad y la provincia de Piacenza. Entre su obra cuenta con la novela *Nel vuoto che ho in me*, publicada en 2009 con Berti Editore, así como con diversos textos en prosa y verso en antologías de concursos literarios nacionales e internacionales.

LAURA RANZINI

Licenciada *summa cum laude* en psicología, dirección experimental y neurociencias cognitivas en la Universidad de Pavía en 2014, vive en Vigevano. Ha completado su formación en los campos de la psicología de la salud y la neuropsicología. Estudiante de postgrado en psicoterapia cognitiva, trabaja como profesional independiente atendiendo a adultos, adolescentes y niños en Vigevano, Pavía y Voghera, donde se ocupa del diagnóstico neuropsicológico, la rehabilitación y la estimulación cognitiva.

FRANCESCA SICURO

Psicóloga y psicoterapeuta de orientación cognitiva y socia de la SITCC, trabaja en Turín como profesional independiente, donde se ha especializado en la psicoterapia individual del adulto y el apoyo a las personas con discapacidades cognitivas. Asimismo, trabaja como especialista en neuropsicología en una residencia de ancianos e imparte cursos de formación sobre métodos de educación, acogida y atención a las personas con discapacidad.

.....

Jacques Lacan (1901-1981) fue psicoanalista, psiquiatra y filósofo. Un gran teórico pero, sobre todo, un gran clínico, el pensamiento del cual se ha formado y moldeado a través del contacto con los pacientes. Estamos frente a uno de los más grandes intelectuales del siglo xx y uno de los personajes más relevantes para el psicoanálisis, después de su fundador, Freud. Incluso, actualmente, es uno de los autores más amados y a la vez más discutidos en la historia de esta disciplina. ¿A qué se debe tal contraposición? La producción lacaniana se presenta al lector como un camino teórico hermético, difícil de descifrar, aparentemente oscuro. Pero quien es capaz de descifrar la singularidad de sus textos puede descubrir la belleza de su pensamiento, profundamente marcado por los diálogos con los filósofos y artistas más destacados de su tiempo (Sartre, Heidegger, Levi-Strauss, Derrida, Picasso o Dalí, entre otros) y capaz de responder a las grandes preguntas de la humanidad.

.....